

Los árboles de la muerte
Crónica de un inmigrante sin papeles

EL COMIENZO

Decido empezar esto. No sé cuándo terminaré. Estoy en una cama, junto a otras, en una habitación de una «casa rural» (como llaman aquí a las casas de campo adaptadas para hospedaje) en Villaviciosa, Asturias. Estamos siete trabajadores y el dueño de *Forestal Cangas*. Dos son españoles, medio familiares del dueño; los demás somos: Gabriel (ecuatoriano), Osvaldo (paraguayo), Alex y Dako (rumanos) y yo o «Argentina», ya que casi no se refieren a uno con el nombre. Esta especie de *temporada en los infiernos* comenzó hace quince días más o menos, el veintiseis de enero. Dos horas de autobús, entre curvas y montañas, me dejaron en un pueblo gris, atravesado por el río Narcea, un río que suena toda la noche agradablemente a mis oídos. Muy poco profundo, pero torrentoso, está lleno de piedras que lo hacen sonar de maravilla. Yo venía de un mes de patear por Oviedo, Gijón, Avilés y alrededores en busca de trabajo. Llevo nueve meses en España y ya se me había acabado todo el dinero que obtuve en trabajos varios como jardinero, camarero y otros, y caminaba de un lado para otro preguntando en todas partes. Fui a dar a una asociación, donde me dijeron: «Aquí hay algo, un trabajo de peón forestal en Cangas. Pero no estamos seguros si son buena paga y creemos que explotan en los horarios de trabajo». Pero era tal mi necesidad que acepté viajar inmediatamente.

Llegué ese domingo a la noche a un bar, *Los Avellanos*. En la puerta estaba Belén, la esposa del dueño, y Luisa, su hermana menor, según creo. Se me dijo que cenaríamos (los trabajadores) en ese bar. La visión del lugar me impactó mal, muy mal: un muladar. Dos niños están a los gritos, hay juguetes regados por todas partes, desorden, suciedad. Luego de cenar junto a unos silenciosos y tímidos rumanos, que me cayeron muy bien, fuimos con Gabriel al que desde ahora llamaré *frigorífico* o *refrigerador*, que es una casa vieja, húmeda y fría hasta los tuétanos, cruzando el río frente al centro de la ciudad.

Cuando llegué me metí en un cuarto que encontré vacío (me querían poner en una especie de sala que daba directamente a la puerta de salida). Las paredes estaban totalmente húmedas, con la pintura de cal brotada, que con sólo rozarla caía a raudales. Me acercaron una almohada y unas frazadas sucias y ahí me arropé como pude con dos o tres de ellas, tanto era el frío. Fueron espantosas las primeras noches, hasta que, como siempre, uno se acostumbra a todo.

EL PRIMER DÍA

Al día siguiente, el primer día de trabajo, salimos a las siete y media. Yo, vestido con vaqueros, zapatillas y dos pullóveres, los demás llevan «ropa de agua», botas y hasta algún uniforme viejo. Cuando le pregunté al dueño por teléfono, antes de concretar el trabajo y viajar, si daba ropa de trabajo, dijo que no. Pero al final resultó que sí lo hacía, aunque a cuentagotas. El frío es tremendo. La noche anterior había llegado otro nuevo, José, un ecuatoriano más. Todos estamos sin papeles. Había viajado desde Pamplona en ómnibus y ahí estaba, estrenando «mono», zapatos, guantes de trabajo. Como dije, a las siete y media bajamos de la casa a una especie de bulevar junto al río Narcea, donde estaba estacionada una *Nissan Patrol* azul, vieja. Nadie saludó. Esto me llamó la atención y hasta el último día me resultó chocante: nunca saludaban y apenas sí respondían entre dientes al saludo, como a su pesar. Al frente iban dos españoles —Gonzalo y Julio— y detrás, todos nosotros. El viaje duró cuarenta o cincuenta minutos. Salimos del pueblo y empezamos a trepar montañas muy empinadas. Estaba muy oscuro. Cuando llegamos a una ladera estacionamos. «¡Todos abajo, rápido!». Al borde del camino había almacigos de plástico negro. Se nos dio un «chapo» (pico) y se nos dijo qué teníamos que hacer: buscar fosas cuadradas de cincuenta por cincuenta centímetros hechas por una retroaraña, limpiarlas de maleza

dando chapazos, remover la tierra, plantar un pino y luego apisonar. Eso era todo. Debíamos bajar con el chapo y la caja de plantas cada dos metros y medio y repetir la operación. La rapidez con que iban quienes eran veteranos en el oficio nos obligó a un esfuerzo máximo desde el primer momento para no retrasarnos tanto del grupo. De todos modos yo era el cola. Aquello no paró prácticamente hasta las doce y media. Entre los españoles hablaban, bromeaban sobre la noche de juerga anterior en Ribadeo. Nosotros trabajábamos en silencio. Cuando ellos paraban a fumar un cigarrillo, nosotros también deteníamos el trabajo un instante. Cuando intenté sentarme a descansar se me dijo que aquello, si lo veía «el jefe» —que normalmente, decían ellos, solía observar a los trabajadores desde colinas vecinas con binoculares (!)— era motivo de expulsión inmediata. Así que yo tomaba aliento parado¹. Empezó a dolerme la espalda. La cuesta, además, era tan empinada que me caía continuamente. Me di cuenta que las zapatillas no servían. Mientras los españoles estaban en otro sitio, más abajo o más arriba, José me hacía gestos para que tirara las plantas entre los matorrales. Nos sentamos al mediodía a comer lo que ellos llamaban «el bocadillo», que era una bolsa que Belén preparaba para cada obrero: un par de pedazos de carne o pollo, dos huevos duros, una lata de «calamares en su tinta» y una manzana. Al final, esas latitas las coleccionábamos a montones, ya que casi siempre eran lo mismo. El agua la cargamos antes de salir en botellas de gaseosa de dos litros y nos las tiramos de lejos, entre los surcos. Ese primer día encontramos una poza en la colina y me supo a delicia. Es que al rato de empezar a trabajar entré en calor y empecé a transpirar como loco, y luego viene la sed. Al finalizar ese primer día a las cuatro y media de la tarde creía estar muerto del esfuerzo físico. Al llegar a la casa me duché con un hilito de agua tibia —siempre fue así, excepto varios días que no hubo gas y el hilito era helado— y me acosté hasta la cena. Fui

¹Parado: de pie

a cenar y al regresar inmediatamente me volví a tirar en la cama. Estaba realmente muerto.

SEGUNDO DÍA

Al día siguiente José dijo, desde la cama, que le dolía todo el cuerpo y que no iba a ir a trabajar, y al otro día se fue. Sus *últimas palabras* fueron: «Esto es un infierno. Yo me voy». Después nos contaban que es impresionante la cantidad de gente que pasa uno o dos días y se va. Otros duran una semana. El llamó a su familia, radicada ya en Pamplona, y luego nos contó que le habían dicho que se volviera y que siguiera buscando trabajo por allá. Y se fue sin cobrar. Yo soporté y ahí estaba con los demás. Ese segundo día fue plantar con «plantamón»² sobre una tierra ya preparada, con lo que me cansé menos. Las fosas eran recientes. Me dejaron junto a Gabriel, ya veterano, y se fueron para otra zona, con lo que no tuve encima la mirada siempre escrutadora de los gallegos³. Como quiera que sea, al otro día Gabriel tuvo que defenderse vivamente ante el acoso de Gonzalo, que mirando y calibrando desde la pista lo hecho por nosotros el día anterior, insistía en que «no habéis plantado nada». Como yo era novato y no hacía sino «seguir instrucciones» de quien me pusieran al lado, lo tomé como venía, o sea, que no era conmigo y chau. Me empezó un fuerte dolor de espalda que me duró días.

²*Plantamón*: herramienta que se utiliza para hacer los agujeros en los que se introduce la planta.

³Cuando hablo de «los gallegos» me refiero a los españoles en general, no a la gente de Galicia y, por supuesto, esto no tiene ninguna connotación especial, ni menos negativa. Es simplemente la forma en que los argentinos nos referimos a los españoles, por aquello de que la mayor oleada de inmigrantes vino de Galicia.

(NOTA DEL AUTOR)

El tercer día había nevado. Alcanzamos a llegar a una cumbre y dejar las cajas, mientras caía una nevada impresionante. Esa mañana salimos a las siete y media y todo era oscuro. Había que esquivar las piedras que caían de la ladera sobre la carretera, debidamente iluminada con luz fosforescente. De pronto, por la ventana del *Nissan* veías la nieve que asomaba en el camino a Ibias, después de un puerto de montaña. Pero antes, y esto casi siempre, pasábamos por un túnel que estaba lleno de una luz amarillenta muy llamativa. En el interior las piedras habían sido forradas con planchas de metal, siguiendo su forma. Luego volvíamos a la oscuridad de la noche. Abajo, la pendiente empezaba a ser terrible, envuelta en niebla. Luego la nieve, cada vez más. Y las piedras. Hasta que llegó un momento en que todo era blanco, nieve y viento en medio de la oscuridad. Llegamos. Bajamos a empujar la camioneta en varias ocasiones. Patinaba sobre la nieve y el barro. Subir y bajar del *Nissan* cada vez me costaba más. Casi siempre iba atrás, apretujado. «Los chicos atrás», decía Gonzalo. Me acuerdo de la sensación de estar a mil doscientos metros, nevando fuerte, con mucho viento. «No se puede plantar», decían los españoles por el móvil a Roberto, el dueño. Bajamos las cajas a la carrera. El viento, el trabajo constante, el frío bárbaro calando los huesos. Me acuerdo que —yo siempre cola— alcancé a agacharme y agarrar un poco de nieve con la mano enguantada y desmenuzarla des-pa-ci-to. Luego corrí hasta el *Nissan*, que ya se iba. Esa fue la primera vez que estuve en una nevada.

Como no se podía plantar, regresamos a otro sitio más bajo, cerca de Cangas, y ahí, entre nevada y lluvia de costado e intermitente, hicimos la misma tarea de plantar pinos todo el día. Llovía suave y con viento, y de pronto la lluvia se transformaba en copos de nieve que caían como madejas deshilachadas de algodón. Luego eran más sólidos y aumentaba la intensidad, hasta que todo eso se transfor-

maba en lluvia copiosa. Y vuelta a empezar, así todo el tiempo. Esos primeros días yo terminaba totalmente mojado y embarrado hasta las orejas. Me arrodillaba para que la planta quedara bien plantada. Los viejos dominaban la técnica muy bien (poco a poco la aprendés por imitación) y se ensuciaban poco. Trabajar con manos y pies mojados durante siete horas es terrible. Mientras estás en movimiento podés olvidarlo, pero a la hora de parar el cuerpo se te enfría enseguida totalmente. A menudo nos refugiábamos a «comer» (o devorar como animales hambrientos) en la camioneta, en silencio.

El viernes y sábado de esa primera semana nevó tan fuerte que, aún cuando ya estábamos listos para salir y metidos ya en la camioneta, decidieron que no se trabajaba. Nuestra felicidad fue mayúscula. Regresamos al *frigorífico* y dormimos hasta las once de la mañana. Luego nos enteramos que esos días se descontaban, con lo que a partir de entonces vivíamos cruzando los dedos para que no nevara nunca.

Ese primer fin de semana aprovechamos para recorrer el pueblo de Cangas del Narcea. Mucho viejito con bastón, casitas en calles estrechas, negocios varios, un puente levadizo de acero y planchas de cemento que se mueve cuando lo cruzás. Los domingos, gente que va a misa. Mucha. Gente distante.

Luego volver el lunes siguiente al trabajo. Había llegado otro ecuatoriano, Luis, que duraría unos días. Era morenito, de textura fuerte, carigordito. Estaba muy pegado a Gaby (él lo había traído a petición del dueño). Un día vino y nos dijo: «Esto no es nada comparado con el trabajo en Ecuador». Allá es más duro todavía, decía. Pero pocos días después, cuando discutieron Osvaldo y Gonzalo, nos comentó: «Estos son esclavistas. Yo mañana me voy». Y así fue. Y también quería irse sin cobrar. Lo convencimos que no sea gil, que él tenía derecho a cobrar su semana trabajada. Fue, cobró y se marchó a Madrid, de donde había venido. A los pocos días llamó la madre de Gaby durante la cena (cosa que hacía a menudo) y éste nos comentó luego: «Luis llegó todo borracho a casa de mi madre. Anda desocupado en Madrid». Esta fue la última vez que supe de él.

Sigue el clima frío, lluvioso. El frío te cala los huesos y en el *refrigerador* las cosas no mejoran. Nos han mandado, como un gesto, un televisorcito viejo, que finalmente no funciona, así que termina en un cuartito de cachivaches. También hay ratas —lauchas, mejor dicho—. Se lo mencionamos varias veces a Belén y Gonzalo. Tras poner cara de sorprendidos, luego prometían el veneno que nunca llegó. No, llegó pocos días antes de irnos, pero no funcionó. Todos concordamos en que esto es terrible y estos primeros días hacíamos planes continuamente para irnos a otra parte: cuidar ovejas y chanchos⁴ cerca de Murcia, pelar cebollas en El Berrón, ir a cosechar en la zona de Valencia, etc. Todas las opciones tienen el tema «papeles» como principal limitante. Nadie de nosotros los tiene. La empresa dice que nos hará una oferta de trabajo, pero es algo que se dilata en el tiempo. No parece haber una voluntad verdadera.

LAS LAJAS DE IBÍAS

Otro día bastante inolvidable nos llevaron a una zona cerca de San Antolín de Ibias, no tan inclinada, en lo alto de unas colinas. Allí debíamos sembrar pinos, con la «ventaja» de que había pasado la «pala» (grúa con pala) y había dejado un enorme surco en la tierra. El problema era que aquella era, en realidad, piedra laja en su mayor parte. Había que remover tremendas piedras y, sea como sea, meter un árbol cada dos metros y medio. Vos mirabas el surco que subía y bajaba delante tuyo, y con el chapo y la caja tenías que avanzar como sea, remover piedras, buscar tierra en los alrededores, llevarla a la fosa y poner el pino allí. Pino que, según decían, prendía muy bien en esas tierras. Ese día coincidimos con otra brigada de gallegos —esta vez sí de Galicia— y colombianos, pertenecientes a otra empresa de la zona. En ocasiones varias empresas toman conjuntamente una «obra», o bien una subcontrata a

⁴Chanchos: cerdos

otra de la zona, en toda suerte de combinaciones. Pero ellos, observé, trabajaban tranquilos. Incluso los vimos hacer fogatas para calentar comida. Trabajaban *a su aire*. Subían y bajaban en grupo, en surcos paralelos. En un momento estuvimos pegados —cosa que a Gonzalo no le gustó—. Uno era de Pereira y empezó a hablar con Gaby. Decía que los vallenatos de Lisandro Mesa eran buenos porque invitaban a *mamar gallo*⁵ y pasarla bien. Y cantaban pedazos de canciones. Entre ellos había algunos barbudos que hablaban en gallego.

Cuando el terreno es plano lo que se afecta es tu espalda, porque tenés que inclinarte e incorporarte todo el tiempo. Por eso muchos usan una faja de cuero y tela para trabajar mejor. Si, en cambio, es inclinado, lo que fatiga es subir y bajar colinas toda una jornada. La pantorrilla y el tendón de Aquiles es lo que te duele. Ya son varias las ocasiones en que me ha tocado «servir» de cajas —que permanecen en la pista— a los demás. Eso implica que no planto, sino que bajo con dos cajas hasta ellos —que van descendiendo cada vez más— y subo con las vacías durante todo el día. Más de veinte veces al día, por ejemplo. Terminó muerto de cansancio.

LOS RUMANOS

Los rumanos me intrigaron desde el principio: su forma de ser, de comportarse, de comunicarse. Alex tenía treinta años. Era bajito, achaparrado y un poco giboso. Frente al de la foto que me mostraría poco después de conocernos, acompañado de Cora, su esposa —una rubia delgada y hermosa— aparecía como una versión desmejorada por las privaciones y las dificultades por las que había tenido que pasar desde que salió, siete meses antes, de Rumania. Dako era flaco, alto, rubio y con cara de niño. Sólo tenía veinte años y desde que se habían encontrado en Valencia —cosechando

⁵*Mamar gallo*: reírse

naranjas— Alex ejercía sobre él una influencia evidente, casi paternal. Ambos tenían estudios secundarios y venían del mismo pueblo. Allí habían trabajado como campesinos, agricultores, pero Alex también era albañil y soldador y nos contaba que siempre había trabajado en construcción también. Por su lado, Dako había hecho cursos y trabajado en carpintería, en especial la mueblería, junto con su hermano mayor, que pronto viajaría a unírseles aquí, en Cangas. Ambos eran muy callados en el grupo y frente a los patrones, pero encerrados en su cuarto y, en general, entre ellos dos —aún en nuestra presencia— hablaban animadamente en rumano. Como los remedábamos, eso provocaba las risas y las posteriores aclaraciones. Algunas palabras se aprenden. Nunca elevaban el tono de voz. Hablaban suave, como pidiendo permiso. Jamás los vi disgustar entre ellos, ni con los demás. Transmitían sencillez y hasta ternura en el tono de sus palabras. Les costaba expresarse en castellano, especialmente a Dako, y esto los limitaba para conseguir trabajo donde quiera que fueran. Usaban todo el tiempo el infinitivo: «Yo viajar desde Valencia», o «nosotros trabajar en cosecha de naranjas», lo que me traía reminiscencias de las películas de convoys que veíamos cuando chicos, donde todo el tiempo ponían a hablar a los indios de esa forma. Pero el rumano tiene muchas palabras iguales o con la misma raíz del español, por lo que yo empecé a captar bastante de lo que decían. Les tomé mucho afecto, porque los veía humildes y, en cierto modo, indefensos frente al medio. Gané su amistad inmediatamente y empezamos a compartir todo lo que llevábamos y a hablar mucho. En varias ocasiones les serví de intérprete frente al grupo y los gallegos, aunque nadie me lo pidió, cuando no terminaban de hacerse entender.

Tenían un cuartucho miserable, como todos, con dos literas y apenas un pasillito para poner sus mochilas, botellas de gaseosa de dos litros de treinta céntimos y galletitas que a menudo compraban en el supermercado *El Día*. Decían: «Marco, nosotros ir de mercado». Vivían —en esto eran igual que media España— pendientes del móvil, que se habían comprado antes de venirse

de Valencia. Y fuera del trabajo —al principio, cuando tenían «saldo» y luego, con todos esos minutos libres de promoción de *móviles* los fines de semana— se la pasaban hablando con sus compatriotas, muchos de ellos coaldeanos, en Valencia, Albacete, Cádiz y otras regiones de España. Pero no eran muy amigos de lavarse. Cuando yo llegaba del trabajo, sudado como un chivo, me metía corriendo bajo la ducha, estuviera fría o caliente, pero ellos no. Llegaban, se lavaban la cara y las manos y se cambiaban de ropa. Eso era todo, con lo cual siempre daban la sensación de estar medio zaparrastrosos.

Nos sentábamos los tres en esos camastros, agachados para no darnos la cabeza con la de arriba, y charlábamos largo y tendido. Me contaban cómo era Rumania («hermosa, no como aquí»), porqué habían decidido venirse y las peripecias por las que habían pasado. Se habían tomado un autobús desde Budapest, habían cruzado Hungría, entrado en la UE por Austria y, pasando por el sur de Francia, habían llegado a Valencia. Les había costado doscientos cincuenta euros, pero si querían o debían regresar les iba a costar sólo cincuenta. Eso siempre me intrigó. Naranjas, fresas, ajos, uvas, etc. Habían estado cosechando un poco aquí, otro poco allá. De entrada, me marcaron la gran diferencia entre ganar cuarenta y tres euros por día a venirse a ganar ahora dieciséis con sesenta, que es lo que nos pagaban aquí. Pero aquello era muy inestable. Tan pronto les tocaba una finca grande, como luego otra de unos pocos días de trabajo. Y luego venía la incertidumbre de la desocupación, tener que seguir pagando una habitación cara —que compartían entre varios— y gastar para manutención, y deambular por las ciudades en busca de otro trabajo. Me contaron que habían pasado por Cáritas, ONGs, «cocinas económicas» y «albergues transitorios» varios e incluso, al final, habían tenido que pasar varias noches durmiendo en la calle, en Gijón. Por eso veían esto como una especie de tabla de salvación y preferían la seguridad de este trabajo duro y mal pago a la incertidumbre de aquellos mejor remunerados, pero inestables.

Además, habían tenido que someterse al sistema de la mafia rumana. Con ellos me enteré de que actúa en casi toda España. Son grupos de rumanos que tienen «contactos» con empresas o finqueros españoles y cuentan con camionetas (me hablaron hasta de permisos de manejo falsos) para trasladar a la gente a las zonas de cosecha y regresarla luego a la ciudad. Los españoles «contratan» con ellos y se desligan del tema, y ellos seleccionan de entre sus «listas» al personal rumano para trabajar y al final les pagan. Para poder trabajar hay que darles cien euros mensuales, descontados automáticamente al pagarles. Así que los rumanos sin papeles se ven obligados a elegir entre trabajar «pagando» o quedarse afuera.

Aunque por ahora no piensan regresar a su tierra, viven comparando la riqueza de Rumania frente a la aridez de estos parajes. Se consideran de paso y sueñan con poder regresar con plata a Rumania y reinstalarse con un negocio propio. Mientras Dako asiente, sonriendo, Alex me habla con orgullo de su país, de su riqueza natural, de su vegetación, de la productividad de los suelos, etc. «¿Y qué pasó?» —le pregunto—. Entonces, arranca a contarme lo de Chauchescu y el anterior sistema comunista y lo que pasó después de su caída. Con los comunistas tenían trabajo, al principio se comía, aunque no podían salir del país —para ellos el tema de las «libertades individuales» no es algo relevante—. Se hacían grandes obras de infraestructura, carreteras, edificios. «Chauchescu hizo el segundo edificio más grande del mundo», me recalca Alex, «después de... (no me acuerdo cuál mencionaba, creo que uno en Hong Kong)». Pero luego, «todo ir a exportación» y empezó a escasear la comida. La impopularidad de Chauchescu se debió también a su enorme policía secreta. Finalmente, el comunismo se desmoronó, cosa que a ellos —Alex y Dako— les parece bien. Y todo se volvió privado. «Ahora haber de todo en negocios, pero no haber trabajo ni plata para comprar», pero como se puede salir del país, hay que irse a buscar trabajo a otras partes e, igual que nosotros, girar plata a las familias.

Me describen cómo ahora todo está en manos de mafias de capitalistas, muchos de ellos anteriores funcionarios del régimen de Chauchescu o del partido comunista, y que no hay cómo sobrevivir, porque no se produce nada. No hay industrias, ni construcción, ni trabajo en el campo. Por eso se vinieron para España. No paran en Francia ni Alemania: «policía pedir papeles en las calles y mandar para país, de inmediato».

EL PUEBLITO

Salimos a caminar los tres por el pueblo, mientras miran precios de pensiones. Especialmente Alex, que pronto traerá a su mujer. Dako quiere traer a su hermano. En ese tiempo planeaban alquilar algo independiente para cuando estuvieran todos ellos.

La gente te mira, sabe que no sos de ahí, te identifica como «inmigrante» y te esquiva discretamente. Nadie te habla, excepto las viejitas con las que es muy entretenido charlar. Nadie es descortés tampoco. Simplemente sos sapo de otro pozo. Cuando vas a comprar cosas, te atienden bien. Enseguida se orientan hacia las «tarjetas telefónicas», que es lo que los inmigrantes, sedientos de comunicación con los propios, buscan.

El pueblito es pintoresco. Callejuelas estrechas que suben y bajan. Señoras que, asomadas a los balcones, charlan con la vecina de enfrente de la calle, por ejemplo. En una ocasión —buscábamos postales— una comerciante me habló de la próxima fiesta de la Virgen del Carmen, que reúne a todo el pueblo y se tiran cohetes y se quema pólvora. Es la fiesta del pueblo.

Con Alex y Dako lo recorríamos esos primeros días. Ellos, como si nada, pero yo sentía cómo me «gritaban» todos los músculos del cuerpo, después de trabajar. Es que los rumanos trabajaban como mulas, sin que nada prácticamente los cansara. En especial, a Dako. Cuando teníamos que hacer algo que requería mucha fuerza, lo llamábamos a él, o por lo menos tratábamos de que nos diera una mano. Ya le teníamos la broma: «¡Este es un

trabajo para Supeer... Dako!» Alex acusaba un poco el trabajo. Al principio me decía que estaba cansado, pero pronto se habituó a todo. Para ellos este trabajo era más o menos una rutina, que habían ya realizado en su tierra. Los españoles estuvieron encantados al primer momento con ellos. Fue un «amor a primera vista». A Roberto le escuché decir algo así como «necesito diez de estos» o «con diez de estos tengo suficiente».

Cuando arrancábamos a trabajar ellos no paraban. Había que hacerles seña de que se detuvieran —los españoles se habían detenido a parlotear o fumar—, de lo contrario seguían como si nada. Pronto Dako empezó a destacarse, a super-producir; por ejemplo, plantaba ocho cajas cuando todos habíamos plantado cinco o seis. Y lo decía con orgullo, ingenuamente: «Marco, hoy ocho», «hoy diez». Eso empezó a crear una distancia enorme entre ellos y nosotros. Había que explicarles que no se trataba de una carrera, sino que había que trabajar al ritmo del grupo y que si ellos ponían una medida muy alta, los españoles tomarían eso como modelo y obligación para todos los demás. Alex parecía entenderlo un poco, pero Dako no. Allá seguía, treinta, cuarenta metros delante de todos. Esta actitud y su propensión sistemática a agachar la cabeza empezó a modificar mi manera de verlos y, aunque los comprendía, terminó por decepcionarme un poco. Yo la relacionaba con su propio pasado. Para ellos exigir derechos laborales o mejores condiciones de las que graciosamente te otorgaban los españoles era algo impensable. ¿No sería ese el resultado de años de comunismo burocrático, sin libertades ni derecho al pataleo? En todo caso ahí estaban: bastaba que Roberto o cualquier español abriera la boca para tenerlos en vilo y correr de inmediato y sin chistar a hacer lo que se les ordenaba.

Fue en los primeros días que, buscando cómo mandar emails a mi familia, fuimos a dar a la cafetería *El Imperial*. Para Dako nunca significó nada, pero Alex enseguida se me pegó y me pidió que le abriera un correo electrónico y que le enseñara a manejarse en internet. Así que nos sentábamos frente a una PC que había

en el primer piso del bar, poníamos la monedita, y ahí yo le escribía cartas a algunos españoles que había conocido en Gijón y Barcelona. Luego se interesaba exclusivamente en entrar en páginas web rumanas, casi siempre las mismas, donde leía noticias deportivas y de las películas que daban en la televisión de su país. También trataba de oír radios rumanas (donde se pasaba música pop yanqui), que casi nunca entraban. Y eso era todo: no había forma de hacerlo interesarse en otros temas de búsqueda. Cuando descubrimos el Telecentro de Cangas, una especie de servicio gratuito del Ayuntamiento, con acceso a internet, nos inscribimos y allí traté de que aprendiera a manejarse solo frente a la PC, pero se hacía un rollo impresionante. No sabía escribir a máquina. Lo veía buscar con el dedo índice flotando en el aire cada letra del teclado. Era una tortura. Por eso, cuando me vine para Oviedo ya no contestó mis mensajes. Lo extraño fue que apenas mandó uno o dos mensajes por el móvil.

Me llamaba la atención de ambos su idolatría por todo lo que viniera de Estados Unidos, en especial su música. Cuando prendíamos la radio Alex no quería sino oír música norteamericana, incluso en la televisión se interesaba solamente en los programas de videoclips de canciones de moda. Hablaba de que Rumania siempre estaba «de parte de Estados Unidos» y «en contra de Rusia». Odiaban a los rusos y no querían saber nada de ellos y se plegaban al modelo de vida y cultura norteamericana con total gusto, incluso por encima de sus propias tradiciones e historia.

VILLAVICIOSA

Hace dos semanas se nos dijo que íbamos a ir a Villaviciosa —donde estoy ahora—, a hacer un cortafuego de cinco kilómetros junto a la pista, en medio de un bosque de pinos, eucaliptos y castaños, entre otros árboles. Después de dos horas de viaje estábamos allí. El equipo se forma entonces con tres motosierras, dos desbrozadoras y

dos o tres de nosotros que los seguimos, echando abajo ramas, troncos y todo, hasta dejar el terreno despejado. Estas dos semanas hemos trabajado hasta las cinco y media —y no hasta las cuatro y media como se nos dijo que era el horario inicialmente—, e incluso hasta las seis de la tarde, parando cuarenta minutos para el bocadillo a la una de la tarde. Cuando se aparece el dueño, nos presiona a que nos matemos trabajando. «¡Echa abajo esas ramas, Osvaldo, joder!» Cuando se va automáticamente nos tomamos un respiro. Pero igual, prácticamente no descansamos. Siempre tenés que estar en movimiento. Ni por el putas se te ocurra sentarte a descansar cinco minutos. El encargado, Gonzalo, a veces para a fumarse un cigarrillo. Entonces nos hacemos los giles y también paramos un poco. Los primeros días era lloviendo todo el día. Te resbalás continuamente, te enterrás en el barro. El «traje de agua» te preserva de la lluvia, pero al no tener respiración, tu propia transpiración te moja toda la ropa por dentro. Yo uso botas, otros unos zapatones gruesos. Termino con los pies y medias mojadas. Si pongo plásticos entre la media y la bota me mojo menos, pero entonces mi pie patina continuamente dentro de la bota y ando como un borracho en el terreno inclinado. Los moretones, los ramalazos en la cara, los troncos sobre manos y pies te dejan bastantes huellas. ¡Y muy atento con las ramas en los ojos! A veces las ramas y los árboles enteros están envueltos en pinches y escayos. Ahí los arañazos están a la orden del día. No hay que acercarse demasiado a las motosierras, lógico, pero a veces es inevitable. Además, hay que estar bien pendiente de para dónde va a caer el árbol que están aserrando, y eso hacerlo al mismo tiempo que estás tirando troncos y ramas abajo sin parar. A veces el «¡cuidado!» no llega a tiempo o el ruido de las motosierras lo tapa, y hay que correr. Cuando estás arriba, sobre la pista generalmente, tenés que tener cuidado con los que están abajo y viceversa, al tirar troncos y ramas.

Al mediodía —vivimos preguntándonos la hora— paramos por el «pincho»: agua, dos sandwiches de jamonada, salame o escalope de ternera (milanesa) y una naranja. Una latita de cola

también. El cuerpo se te enfría al instante y de sudar pasás a tener frío y sentir fríos tus pies y manos mojadas.

EL CERVANTES

Después del trabajo, cuatro y media, («la mejor hora del día», bromeamos entre nosotros) bajamos los siete kilómetros que nos separan de *Peón* —así se llama el sitio— hasta Villaviciosa y de allí vamos otros siete kilómetros, hasta una «casa rural» que alquilan para nosotros en *Santa Mera*. Todo esto queda junto al Mar Cantábrico, en la Playa de Rodiles, que se ve imponente desde las alturas de la montaña. Hay días en que la niebla cubre todo allá abajo. Por suerte la casa rural está forrada en madera y tiene calefacción a leña, con lo que dormimos bien. Y no pasamos frío como en Cangas. Dako dormía en una cama grande con Alex, y entre ellos y mi cama había una pequeña mesita de noche. Dako se movía mucho y se pegaba tremendos golpes durante la noche contra la mesita. Pronunciaba un ahogado «iaugh!» y seguía durmiendo. Al día siguiente ni se había enterado, pero a mi me despertaba durante la noche. Entonces le comenté porqué no quitábamos la mesita y así fue, pero esa última noche fui yo quien me pegué en el codo, también sin darme cuenta. Ahí me empezó un *codo de tenista* que me duraría meses.

Llegamos, nos bañamos a toda carrera y vamos a disfrutar del mejor momento del día: la cena en la sidrería *Cervantes*. Por seis euros que paga la empresa se come muy bien: sopa de cocido (fideos y pequeños trozos de huevo duro) y luego dos platos, por ejemplo: arroz con calamares o fabada con chorizo y carne o escalope de cerdo con patatas fritas, o fideos con carne o chipirones (una especie de mariscos) o albóndigas con papas hervidas, además de ensalada. Todo con opción a repetir a gusto. Y luego postre. Nos hemos hecho amigos del camarero y logrado que nos sirva doble porción de helado, torta, etc. Eso resultó divertido. Al fondo, en la otra punta del

salón, llegaba siempre una brigada de trabajadores portugueses. Había uno con mostacho y siempre jodíamos con que era Aznar: «Aznar está presidiendo hoy el gabinete», «hoy Aznar no vino»... Las brigadas de portugueses trabajan en los túneles de la autovía que se está construyendo en Villaviciosa, trabajo muy duro que no quieren hacer los españoles.

LOS GALLEGOS

De ahí regresamos a la casa, si tenemos suerte de que los españoles (Gonzalo, Adrián, etc.) no quieran tomarse un trago, con lo cual debemos esperar cuarenta y cinco minutos o más en el *Patrol*, hasta que vuelvan del pub. Ya es tiempo de hablar de ellos. No tienen más de la primaria. Son autoritarios y arbitrarios. En una ocasión comenté en voz alta que yo había entendido que de doce a una se descansaba. ¡Para qué! Por la noche, en presencia del dueño y todos los españoles, montaron una especie de teatrillo: Gonzalo le preguntó a Roberto, fuerte, como para que todos oyéramos: «¿Cómo es eso del horario?»; y éste nos (me) dijo a boca de jarro: «¡Qué bah! ¡Con veinte minutos suficiente! Veinte, treinta, no más. Y al que no le guste, ya sabe lo que tiene que hacer», remarcó. Eso fue todo. Nadie dijo nada. Estamos totalmente en sus manos. Hoy te dicen: «mañana a las siete y media», pero mañana: «mañana a las siete». Claro que entre ellos mismos también se pisan la manguera. Por ejemplo, el jefe nos hace madrugar y llegamos a lo alto de la montaña a las ocho. Entonces el encargado simplemente apaga el motor y ahí quedamos dormitando, en silencio, hasta las ocho y media o hasta que haya un poco de luz. Recién ahí da la señal de empezar a moverse y trabajar. Ahora, en Villaviciosa, es hasta las cinco y media y últimamente siempre hasta las seis de la tarde. Por supuesto, no te consultan. Simplemente lo deciden ellos. Nosotros somos como una carga, si bien necesaria, para ellos. Hablan todo el tiempo entre ellos. Directamente nos ignoran. En general, son patanes en el trato. Nunca

saludan. Sus necesidades siempre van primero y, si coinciden con las nuestras, entonces ahí entramos nosotros también. Todo el día y en toda ocasión están con el «me cago en Dios», «me cago en la hostia», «me cago en la puta virgen» o «en mi madre» (esto último resulta verdaderamente curioso) en la boca o cosas por el estilo. Su tema predilecto, cuando están sueltos, es las putas. En todos estos días se van de putas por la noche o noche por medio. Un local de Meres es su predilecto. Sobresale Gonzalo en este *metier*, todo el tiempo presumiendo de su *polla* y su fuerza y que se acuesta con todas. Es quizá el más patán de todos. Siempre despectivo, desafiante, despreciativo y brutal en el trato. Aunque también contradictorio: de pronto se te acerca y te palmea fuerte: «¡Y cómo la llevas, Argentina? ¡La llevas jodido, eh! ¡Bien jodido!» Esto es lo más cercano a la cordialidad, digamos. Su padre fue minero y de él heredó, dice, el culto por la fuerza y el deseo de demostrar continuamente que es el más verraco de todos. Cuando está alegre impone su «abrazo de oso» a quien se le ocurra. Todos esquivamos su supuesta alegría, como sus broncas.

EL PINGÜINO Y SU CONTADOR⁶

El jefe, Roberto, también se le parece. Es de nariz aguileña, medio petiso⁷ y gordinflón. Osvaldo lo llama «el pingüino», refiriéndose al personaje de Dany de Vito en Batman. Siempre energético (después supe que le caminan fuertemente a la cocaína). En realidad, todos le temen, incluso los españoles. Es el núcleo de la «empresa», un mercader hábil, que se aprovecha de la situación de los inmigrantes para pagarles poco e imponerles horarios demolidores de un trabajo que, él mismo lo admite, es bien duro. Cae de improviso en la zona de trabajo y pone a todo el mundo a ritmo acelerado de trabajo. «¡Esto hay que hacerlo en el aire!», insiste.

⁶Contador: contable

⁷Petiso: bajito

«¡Osvaldo, necesito que me trabajes veinte veces más rápido!» A partir de ahí Osva y yo lo llamamos *el señor veinte veces*. Esto hace que estemos pendientes de su llegada y nos demos la alerta entre nosotros. Entonces, cuando se está cerca de él, es necesario mostrar cierta agitación o jadeo, y si eso va acompañado por un poco de visible sudor, mejor aún.

Una noche íbamos en la camioneta de Roberto, después de ducharnos, a cenar al *Cervantes* en Villaviciosa. Eran siete kilómetros de carretera. Había máquinas a izquierda y derecha de la ruta, perfectamente señalizada. Estaban construyendo la autovía del Cantábrico y moviendo grandes cantidades de tierra. Hay tractores gigantescos con palas y grandes camiones a lo largo de toda la vía y en el mismo pueblo. La suya es una *Nissan* roja y nueva. Roberto la manejaba a los volantazos, a izquierda y derecha, acelerando y frenando de repente. Nosotros íbamos atrás, en silencio. De pronto sonó uno de sus móviles. Era el contador, un tal Luis, según entendí en la conversación. Aquello, de pronto, se transformó en una demostración de fuerza que me dejó estupefacto. Lo que había empezado como una conversación normal empezó a dar lugar a una charla casi furiosa, con palabras medio masticadas entre dientes y a los gritos. «¡No, no, no! ¡Eso vosotros no me servís para nada!» El otro se defendía del otro lado de la línea. «¡Os digo que no hacéis bien el trabajo, no como los de la *Caja*! ¡Eso sí que me saben hacer los números!» Silencio (el otro argüía seguramente que hacían lo que podían). «Pero, a ver, a ver, ¿para qué os pago? ¡Eso tendré que cambiaros porque no estáis haciendo nada!» Silencio (el otro argumentaría que había ingresos inevitables de ocultar). «¡No, no, no, eso tenéis que mandar la empresa al bombo! ¡Todo para abajo! ¡Todo mal! ¡O de lo contrario os echo! ¡Eso tenéis que inventar gastos! ¡No veis que el fisco me está llevando a la ruina?» Y fue una conversación así durante un buen rato, en la que hacía gala de su estrategia de tirar abajo la empresa, hacerla aparecer como cargada de deudas para pagar menos impuestos y recibir y justificar las subvenciones

del gobierno. Mientras tanto era bien conocido que, de poco o nada, se estaba equipando con máquinas pesadas, tractores, etc., y era dueño de buenos pedazos de tierra. Así era Roberto, un tigre para hacer plata como sea, ya sea a costa del gobierno o de los inmigrantes, daba igual.

Otro gesto que lo pinta bien fue el de una noche mientras cenábamos. Eso ocurrió en los primeros días, cuando vaya a saber con qué intención trataba de captar nuestra atención y confianza. Se sentaba en una mesa contigua mientras nosotros comíamos. De pronto se asomó por la ventana y vio algo que le llamó la atención. Empezó a hablar con el tipo que estaba abajo. Tenía un caballo, uno de carrera o de paso, no alcancé a entender bien. La noche anterior yo le había pedido la plata convenida en el trato inicial, o sea, el pago de la primera semana de trabajo, porque yo no tenía ni para tomarme una aspirina. Serían como cien euros. Él se había limitado a meterse la mano en el bolsillo y me dijo: «Mmmh... no tengo más plata», y sacando un billete de veinte me lo alcanzó y giró la cabeza, dando por terminada la conversación. No me pareció oportuno insistir y me la banqué. Pero he aquí que a la noche siguiente estaba frente a la ventana admirando un caballo de paso. Al poco rato entró en el tema de cuánto valía y que si lo vendía y tal. Todo eso desde un primer piso, mientras el otro estaba abajo, junto al río, o sea que hablaba medio a los gritos. Al rato giró la cabeza hacia nosotros, orgulloso y con una sonrisa triunfadora, y proclamó: «¡Ya tengo caballo! ¡Lo compré!». Valía cuatrocientas mil pesetas, o sea dos mil cuatrocientos euros, pero la noche anterior no tenía plata.

En el trabajo aparece el mismo tigre, pero es para que nos matemos y así sacar las obras rápido y poder cobrarlas. Cae, hincha las guindas⁸ y se va a toda máquina. Cuando se va, volvemos a nuestro ritmo normal, incluso los españoles, que en esto son un tema aparte. Con Osvaldo lo comentamos así: «*First, conversation;*

⁸Hinchar las guindas: molestar

second, móvil», o sea, primero charlan mucho entre ellos, interrumpiendo el trabajo, y luego dedican considerable tiempo a su móvil, enviando y recibiendo mensajecitos del tipo «mi amor te extraño mucho». Cada rato paran para fumarse un cigarrillo, y así adelante. Con los compañeros presumimos que ganan de novecientos para arriba, a juzgar por el nivel de gastos de que se jactan («hoy gasté cincuenta en putas», «hoy setenta»). Pero en realidad no sabemos exactamente lo que ganan.

LA «QUEIMADA»

El sábado pasado el jefe, experto en el uso de garrote y zanahoria, decidió que iba a hacer una parrillada. Después de las tres de la tarde suspendimos la plantación en las colinas de cerca de Cangas y fuimos por esos caminos de ladera a dar a una casa grande de piedra (más tarde nos sorprendió la información de que esa casa, situada a ochocientos metros de altura llevaba veinte años desocupada, cuando los actuales ocupantes decidieron tomarla). Lloviznaba y había viento. El paisaje era hermoso, realmente. Se ven las otras colinas enfrente y ninguna casa. Sólo monte y peladeros. Abajo, entre la niebla, pueblitos, o mejor, caseríos de no más de cinco, diez casas. Con los pies mojados y fríos esperamos frente a un asador tapado con plástico, en el que Roberto «daba clases» de asador, manoseando una y otra vez los costillares de cerdo, los pollos congelados y una docena de chorizos y regándolos a raudales con chimichurri.

Finalmente subimos a un primer piso, a una sala antigua forrada en madera. Alrededor de una mesa pesada de madera nos sentamos todos, comiendo sin platos (luego llegaron), con las manos, pedazos de cerdo y pollo con pan y agua. Me hizo acordar a las películas sobre la Edad Media, donde los caballeros morfan como bestias en esos castillos. Todo esto casi en la oscuridad más total. Luego llegó el *show*, ya que la dueña, una tal Flor, trajo dos litros de orujo (aguardiente) y en una jarra redonda de cerámica

lo mezclaron con azúcar y pedazos de fruta. Prendieron fuego a la bebida para evaporar parte del alcohol, con lo que el espectáculo era realmente divertido, mientras revolvían la bebida. Esa «queimada» estuvo buena y se nos dio a raudales, como para ver si nos emborrachábamos o qué. Dako prendió y hacía más de una locura, tocando tamboriles y gritando «¡Bruuuzos!... ¡bruuuuzas!...», una fórmula gallega para llamar o conjurar a brujos y brujas, mientras elevaba el cucharón y tiraba desde arriba la bebida prendida fuego. Luego empezó a correr un cigarrillo, que decían que era tabaco plantado ahí en la zona. Y aunque yo no quería fumar, me lo impusieron y para no quedarme atrás lo fumé sin más ni más. Luego me enteré que era marihuana sembrada allí. Y realmente era más inofensiva que un bebé, comparada con la colombiana, pero reconozco que junto a la «queimada» gallega, aquello tenía cierto efecto chispeante. Y así pasamos un buen rato, el único, creo, cantando, o mejor, vociferando canciones, bailoteando y jaraneando un rato. Finalmente a las nueve de la noche el jefe dio la orden de partida y llegamos, sanos y salvos, a Cangas.

Al día siguiente, domingo, hicimos lo de siempre, pasear por Cangas, donde casi no había gente y, como de costumbre, todo estaba cerrado. Nos sentamos en las placitas, recorremos el pueblo y vamos al servicio de internet del bar Imperial. Alex dice: «Marco: ¿vamos internet? Tu ayudar, ¿sí?». Por supuesto, y ahí estamos un rato.

Esa noche se nos comunicó que al día siguiente había que estar frente a la camioneta a las seis y media y no a las siete como el lunes anterior, para ir a Villaviciosa. También esa noche, y gracias a una antena vieja, que encontraron los chicos en el monte, pudimos ver tele discretamente bien. Osvaldo, el paraguayo, un hombre robusto de treinta y tres años, la conectó.

Todos estamos angustiados, oscilando entre la queja, la búsqueda más o menos ilusoria de alternativas, la desesperación y finalmente la resignación. Todo el tiempo hablamos de cómo irnos a

otro trabajo mejor y salir de esta especie de cárcel de Sing Sing. A menudo bromeamos con que somos presidiarios haciendo trabajos forzados en Siberia. Preguntamos, llamamos por teléfono, buscando otras opciones. En Villaviciosa se nos hace trabajar hasta las seis de la tarde. O sea, son nueve horas netas de boleo de troncos, ramas y demás. Terminamos muertos del cansancio.

OSVALDO

Con Osvaldo hemos hecho un buen tándem. Nos entendemos en muchas cosas. La primera noche que llegó —eran las diez y media de la noche— yo ya estaba acostado, y a través de la puerta lo escuchaba describirle a Gaby su trabajo de un mes en una granja donde poco había tenido que hacer. García lo había enviado y él jugaba con la ilusión de que lo iban a tomar allí. Pero los papeles... Al día siguiente ya estaba trabajando con nosotros. Con Osva empezamos a charlar en el trabajo y un día empezó a pronunciar palabras en latín. Yo le iba corrigiendo algunas, mientras subíamos y bajábamos una colina interminable con cajas de plantas al hombro. Al poco tiempo me dijo que había estado con los carmelitas y casi llegó a cura. El problema fue que conoció a una monja que estaba por hacer los votos perpetuos —también carmelita— y se casaron. Tienen cuatro hijos. Sueña con volver a Asunción. Siempre habla de «mi casa» para referirse a su casa de Asunción. Se considera de paso. Está aquí por estricta necesidad y no le gusta España. También manda guita —«¡todo!»— a su mujer y no guarda nada para él. Como después de varios días le dije que también yo había estudiado para cura empezamos a hablar de religión, teología, biblia y todo eso. Quedó muy sorprendido de mi ateísmo. «El ateísmo no existe. Nadie puede ser ateo. Eso es pura soberbia», dice. Me llama «su eminencia el Cardenal Marco» y yo a él «Padre Osvaldo». Es muy divertido. «Gracias a la mediación y los buenos oficios de su eminencia el cardenal Marco, hemos obtenido que se nos otorgue doble poste en *El Cervantes*, les dice a los demás.

Uno de esos días se despachó con sus creencias «profundas» de que la Iglesia está dirigida por masones que rinden culto a Satán, que vamos hacia el «gobierno universal del Anticristo», que resulta ser hijo de un célebre obispo católico y una monja hebrea, y que en el 2005 vendrán grandes cambios en la humanidad, y que «el tiempo se aproxima» y pronto habrá cambios, y que él tiene «sus fuentes de información...»; y como por respuesta me cagué de risa, no volvió a sacar el tema. Entendí que formaba parte de una secta y después me contó la historia. Se define como «del Concilio de Trento» y considera el Concilio Vaticano II como un «conciliábulo de masones». Eso sí que fue para risas, pero lo peor fue ir enterándome del sistema de creencias y prácticas de esa secta: prohibía prácticamente todo entre cielo y tierra, no sólo aborto, homosexualidad y anticonceptivos, sino cosas como ingresar en una iglesia que no fuera la del Palmar, llevar minifalda, tener sexo con tu esposa «sólo por placer», que las mujeres usen mangas cortas... Cuando me dijo que la democracia era una práctica aberrante y que debía ser sustituida por la monarquía y que el Papa de esta secta, un tal Gregorio XVII («es ciego, pero ha tenido *revelaciones* y ha dicho que en el 2005 recobrará la visión»), había canonizado a Franco, ya no insistí más. Todo eso era una chifladura fanática de ultraderecha y se condice⁹ también con que se refiere a Stroessner como a «nuestro máximo, único e indiscutible líder, nuestro excelentísimo general».

Lo entretenido del asunto era que mientras trabajábamos, cuando no nos marcaban al pie los gallegos, aprovechábamos para hablar de temas como ciencia, religión, historia. Pronto descubrí que tenía en la cabeza una mezcolanza de ideas abstrusas sobre muchos temas, producto de la ignorancia y probablemente de la pereza por investigar y criticar. Repetía los dogmas de su secta como verdades evidentes, pero —y esto era lo realmente curioso— su práctica cotidiana no tenía nada que ver con lo que de-

⁹Condecirse: ser coherente

fendía a rajatabla en la discusión. Empezando por su moral sexual. De hecho, era un donjuán empedernido, que se mueve entre la nostalgia de su santa esposa y madre de sus hijos, la caza de hembras en cada esquina y la posterior culpa por «su vida corrompida e inmoral», como solía decir. Sudando como chivos en medio del trabajo, en el bosque o la montaña, me decía: «Dios me ha castigado por mis pecados y mi vida inmoral. Todo esto me lo merezco». Resultaba casi enternecedor.

Ya casado con Rosa y con hijos su vida viró hacia la burocracia más pintoresca y corrupta de nuestros países sudacas. Me contaba, entre rama y rama que volaba por los aires, con nostalgia, cómo «esos eran los buenos tiempos», cuando tenía autos, oficina propia y manejaba personal a su cargo en la telefónica. Llegó a jefe de división y siempre fue hábil para conectarse con las autoridades de la empresa. Y alcanzó a llevar un tren de vida envidiable, según su «ideal de vida»: gastos personales a cargo de la empresa, horarios a gusto y placer, amantes, hoteles y restaurantes de primera. Para entonces se vestía bien, con trajes sport caros y zapatos de charol. «¡Miráme ahora!», decía, «nada de esto me hubiera pasado si nuestro excelentísimo y nunca bien ponderado generalísimo hubiera seguido en el poder. Ahora yo estaría ocupando un alto puesto en la empresa y viviría como un capo». Para entonces ya había empezado la movida privatizadora de los noventa. El manejaba el sector de facturación y las relaciones públicas con los medios de comunicación del Paraguay. Había recibido expresas instrucciones de «demorar» el envío de facturas a los clientes, con el fin de que al llegar tarde, se cargaran punitivos por mora y eso generara un descontento generalizado en la opinión pública contra la «falta de eficiencia» de la empresa pública. Como en Argentina, había que echar al bombo¹⁰ la empresa pública desde adentro, para presentar la privatización como algo deseable y bienvenido. El propio presidente de la República y el

¹⁰*Echar al bombo*: hundir

de la empresa estaban en el entuerto, según decía Osvaldo. Me contaba que él quedaba preso entre su jefe (que después alcanzó a acomodarse bien en la privatizada), el público que venía a presentarle reclamos y quejas, y la prensa, que ponía el micrófono entre la gente y él y transmitía en directo. Se le acusaba de ineficiente y le preguntaban a boca de jarro: «¿Usted por qué no renuncia?, si es un inepto». Y él, con su mejor cara de piedra tenía que responder: «Estamos haciendo lo humanamente posible para solucionar los inconvenientes presentados...», y por detrás frenaba los envíos, cambiaba las estadísticas y datos, todo eso. Finalmente —todo impulsado desde la propia empresa— la facturación pasó a manos del *Citybank*, y pese a que los perros¹¹ se empeñaron en boicotear el trabajo de la gente del *City* (fuera el aire acondicionado en sus oficinas, con lo que eso significaba para los 40° en Asunción, teléfonos que no funcionaban, etc.), volvió la «eficiencia». Y me contaba cómo, acabado el amiguismo, él mismo, jefe de división, tenía que hacer cola como cualquier hijo de vecino para pagar su factura de teléfono ante las risas de los que ayer le presentaban sus quejas.

Esa situación, pero por encima de todo la contundente rebaja de salarios, ni bien se privatizó la empresa, le decidieron a presentar la renuncia e irse dando «el portazo de la dignidad». Siguiendo un itinerario bien conocido, dos años después ya se había comido la indemnización y al no levantar nada de trabajo, decidió venirse para España. Cruzó el charco y terminó en una granja de veinte mil chanchos en Murcia, después de andar por Gibraltar, Ceuta y Algeciras. ¡Ni el más experto acróbata daría ese salto! De carmelita a burócrata vaya y pase, ¿pero de ahí a una granja de marranos? Después de un año y dos meses, cuando estaba a punto de volverse loco, se volvió a Paraguay. Es que aquello no era un paseo. Tenía hospedaje en una casa de la granja y prácticamente no gastaba en comida, pero estaba solo todo el tiempo. Lo que terminó por hacerlo salir corriendo, pese a la bronca de su patrón, Antonio, fue

¹¹Perros: los paraguayos se refieren con este término a sus colegas de trabajo y amigos de barrio.

el olor a mierda. Me decía que llega un momento en que ya «te olés» las veinticuatro horas, pese a lavarte y bañarte con lavandina y perfumarte a troche y moche. Con solo ingresar en la cochera, y pese a estar totalmente uniformado, el olor a mierda lo impregnaba todo. Y luego, manejar la inseminación y el parto de esos animales los siete días a la semana llega a transformarse en una tortura mental, sobre todo si, como él, se está solo. También para entonces había traído a su hermano menor, que alcanzó a durar cuatro meses en una tarea igual o peor de insoponible, el pastoreo de ovejas. La soledad, las eternas horas muertas, la repetición continua de los mismos pasos simples, aún cuando ganaban novecientos euros mensuales, te termina matando.

Osvaldo regresó a Paraguay, eso sí, forrado, y después de vivir a lo *pashá* durante cinco meses, tuvo que tentar la suerte otra vez en España. Era volver a empezar desde cero.

Yo veía en él a un tipo muy inteligente y perspicaz, sobre todo en la observación de la vida cotidiana y el comportamiento de la gente. Además, sabe bastante de oficios, autos, mecánica, electricidad, todas esas cosas. Tiene un agudo sentido práctico; quizá por eso lo recibieron nuevamente en la empresa. Porque estuvo, se fue y volvió, cosa que extrañamente le pasa a más de uno en esta empresa, pero es porque se encuentra poco trabajo en España (sin papeles, me refiero). Además, tiene fuerza física, cosa que se aprecia aquí. No es mi caso. Creo que me aguantan simplemente porque no le hago asco a nada, me hago el dolobu¹² y simplemente pongo el hombro, aunque me consideran flojo para esto. Como preguntan, les he dicho que soy «informático», cosa que miran con sorpresa y con algún comentario de «¡mira qué cambio, chaval!».

EL TRONCO VOLANDO

Hoy es veintisiete de febrero. Antes de que me olvide quiero anotar lo que pasó. Anoche se fueron de putas, como es habitual. Gon-

¹²*Dolobu*: tonto, boludo.

zalo, Roberto, Adrián y Pedro. Hoy se tuvo que levantar Roberto para sacar de la cama a Gonzalo y Pedro. Gonzalo llegó al monte divagando y todos nos dimos cuenta que le duraba todavía la borrachera, pero no suponíamos cuánto. Como de costumbre, entre risotada y risotada, iba jactándose de lo gastado la noche anterior, de las putas que se había tirado, de la ronda de bar en bar que habían hecho. Hasta ahí todo parecía ir «normalmente», pero luego empezó a lanzarnos troncos desde la carretera, para que nosotros —Osva y yo—, que estábamos abajo, los lanzáramos a la línea de diez metros del cortafuego. Primero pasó uno cerca de Osva, cosa que éste advirtió con preocupación, mientras el otro soltaba las carcajadas y decía «te acojonaste, ¿eh?». Siguieron cayendo cerca, hasta que uno, que venía como una hélice en el aire, me dio en el pie. El «¡cuidado!», como siempre, lo soltaba mientras el tronco venía en el aire. Alcancé a pegar el salto, pero me dio en el tobillo. Pegué un grito y creí, por el dolor, que me había quebrado. Tuve suerte. La sensación de bronca e impotencia, casi me hace saltar las lágrimas. Pero no todo terminó ahí. Siguieron volando los troncos cerca, hasta que decidí apartarme de él. A Osva también le dieron en la pierna y en la cara. «Algo tenemos que hacer», me decía él. «Sí, una sola cosa, irnos», le contestaba yo. Por lo demás, al comprobar que no había sido más que el golpe y el dolor me fui tranquilizando y por la tarde estuve asignado a rastrillar al final del grupo, cosa que me agradó bastante.

Después Alex se me acercó y me comentó que mientras yo me retorció de dolor en el piso, los tres gallegos se cagaban de risa entre ellos. También me enteré que todos ellos le daban fuerte a la cocaína habitualmente. Ese mismo día, más tarde, fue Pedro, el Viso, el que lo frenó a Gonzalo en seco, cuando también casi le da con un tronco, tan borracho estaba. Por eso, al día siguiente, cuando Adrián casi se corta los huevos con la motosierra por un movimiento en falso del árbol que estaba aserrando y vino a nosotros, todo cagado, a contárnoslo —estaba blanco del susto—, no lo compadecí para nada. También Gonzalo, en realidad, se había

venido a tirar troncos y ramas con nosotros. Yo me preguntaba por qué carajo había dejado la motosierra, siendo que desde el primer día que llegamos a Villaviciosa la agarró y se fue adelante a bajar los árboles más gruesos y sólo se dedicaba a eso. Después entendí: se había venido a jodernos la vida a nosotros, los cargaladrillos, porque se había salvado por un pelo de cortarse una pierna con la motosierra. Ahí nos mostró el doble pantalón cortado a la altura de la rodilla, como un trofeo. Se había cagado de miedo, eso fue. Y le duró varios días, en los que por supuesto vino a rompernos las pelotas a nosotros. Nunca como ese día le vino tan como anillo al dedo el mote de *Sansón sin seso* que yo le tenía.

Hasta ese momento Adrián, otro español, me había caído bien. Me parecía el más centrado de ellos, sobre todo prudente para manejar entre esos riscos. Entró como conductor en la empresa y venía de otras por el estilo, a juzgar por lo que hablaba continuamente. Después la cosa cambiaría y más adelante lo voy a contar.

El día ese del golpe era casi primaveral. Y cómo ha cambiado el tiempo. Parece que fuera hace mucho tiempo que nevaba y nos congelábamos en la montaña. Ahora hay doce grados a las ocho y media de la mañana y una casi perfecta claridad. El sol asoma pronto y sólo al mediodía estuvo un poco nublado. Gijón y el Cantábrico se ven magníficos allí abajo. Y la hilera de montañas muestra cantidad de casitas sobre la ladera con toda nitidez. Todo se ve desde la ventanilla de la camioneta. Sería un espectáculo agradable, si no fuéramos enlatados, cansados y resignados, en silencio, ascendiendo a los saltos por esos caminos llenos de pozos.

EL BALANCE DE MONEDA Y HORARIOS

Hoy es nueve de marzo. Estoy desde el veintisiete de enero. A la semana de trabajar, porque lo pedí expresamente en la charla inicial por teléfono con Roberto, me adelantaron veinte euros. El diez de febrero me dieron cuarenta y seis, lo correspondiente a los

días trabajados en enero. Y eso es todo. Todos los días, excepto los domingos, nos presentamos a trabajar a la hora que se nos pedía, siete, siete y cuarto, siete y media. Cuando viajamos a Villaviciosa, a las seis y media en dos ocasiones. El horario que se me dijo inicialmente era de ocho y media a doce, luego un descanso de una hora, y luego hasta las cuatro y media. En Villaviciosa trabajamos un par de días hasta las cinco y media, pero luego hasta las seis. En Cangas al principio era hasta las cuatro y media, pero después de Villaviciosa ya era hasta las cinco. Fueron varias las ocasiones en que después del trabajo nos llevaban a «buscar plantas» a Valledor —un viaje de hora, hora y media—. Una vez allá teníamos que cargar una camioneta con ochenta a cien cajas de plantas, con lo que llegábamos al *frigorífico* a las siete de la tarde. Varias veces llegamos a las ocho de la tarde.

Recuerdo que en una ocasión, ya entrado Adrián, Gonzalo le comentó mientras empezábamos a tomar el camino de regreso a Cangas: «¿por qué no vamos al *Viñas?*». El bar *Viñas* era uno de esos de carretera que quedaba a veinte o treinta kilómetros en dirección contraria a Cangas. Llegamos, se bajaron a tomar algo, mientras nosotros esperamos en la camioneta. Con lo cual llegamos, en lugar de a las cinco y media, una hora más tarde. En Villaviciosa teníamos que esperar hasta una hora después de la cena, metidos en el *Patrol* para pararnos del frío, mientras los gallegos iban de «cacharros». Es lo que recuerdo ahora. Ahí estábamos, muchas veces en silencio, con cansancio y tremendas ganas de irnos a dormir, esperando a que llegaran. Llegaban, en efecto. Hacían una broma o simplemente seguían charlando entre ellos, prendían el motor y avanti. Nada de disculpas, no.

Desde hace varios días —ya en Villaviciosa— me empezaron a dar fortísimos dolores de espalda. No podía moverme, ya que me dolía todo. Creí que eran cálculos, ya que una vez tuve un cólico renal, antes de venir a España. Finalmente fui a la farmacia. Empecé a tomar diclofenaco 50 mg. Eso me calmó, aunque me sigue doliendo mucho.

En el trabajo en Cangas el ritmo era febril. Y yo me mataba trabajando. Sudaba y jadeaba a menudo, nada de teatro. Esas laderas son terribles. Subir entre los matorrales con pinches. A menudo te caes por las piedras o un falso apoyo entre las rocas o la tierra removida. Los pinches, continuamente. Te acostumbras a vivir con rasguños en los brazos y las piernas. Te transpira todo el cuerpo. Prácticamente se trabaja sin descanso. Al detenerme al mediodía el cuerpo se me enfriaba abruptamente. Ya a los diez minutos tenía frío y tenía que buscar un «jersey». *Engullía* (¡cómo disfrutaba las manzanas verdes!), me tiraba diez minutos en la tierra y alcanzaba —si los rumanos no se trenzaban a hablar y hablar en su idioma encima de mi cabeza— a dormir un instante. Luego, a darle otra vez.

ASTURIAS, PARAÍSO NATURAL

No sé dónde y cómo consignar un punto: la belleza del paisaje. Es difícil para mí transmitirlo en este contexto. A menudo, cuando no me veían o lograba esconderme detrás de los matorrales, me detenía un instante mientras trabajaba y contemplaba la ladera del frente o la cadena de montañas que se perdía al fondo, con sus picos nevados. Todo eso me maravillaba. Me sentía emocionado, aún en medio del cansancio, de estar allí frente a una naturaleza que, aún siendo árida, reseca, hostil, resultaba tan pero tan bella. Se mezclaba en mí la sensación contradictoria de sentirme agotado, brutalmente expoliado, y al mismo tiempo, viendo esos dibujos de las montañas, las formas de los bosques, el colorido de la tierra, los robles viejos y cargados de musgo, las formaciones rocosas... y el aire puro que se respira, la soledad, los cuervos —prácticamente las únicas aves que vimos— revoloteando y graznando encima de nuestras cabezas. Lo mismo en los bosques: al amanecer la lucha entre la niebla que brotaba y venía a raudales desde el Cantábrico y el sol que se asomaba desde el lado contrario daba como resultado, a veces, una mañana gris, húmeda, pero ya no fría.

O en la siembra de plantas. Lo que era un colchón de niebla algodonosa allá abajo, mientras ascendíamos tristes y en silencio, con los guantes puestos ya, en el *Patrol*, por esas carreteras angostísimas y tan peligrosas, después, cuando estábamos plantando, nos envolvía, y ya no nos veíamos entre unos y otros. Teníamos que andar a los gritos para saber dónde estaban para acercarnos plantas.

Pero ahora entiendo por qué es tan difícil hablar de esto. Es porque todo este éxtasis lo vivís como de refilón, con el rabillo del ojo, digamos. No podés pararte, el trabajo te traga. Por supuesto que para los otros no existe, aunque varias veces lo comento entre los compañeros. Sólo existe la rutina, las ganas de sacarse el trabajo de encima cuanto antes e irnos ya.

También vienen a mi mente esos viajes interminables por las carreteras pedregosas y cómo yo jugaba a menudo a ver «mis imágenes» en el paisaje de rocas, árboles, nubes: era un desfile continuo de gigantes empotrados en el cielo, en las montañas, en los bosques, a cual más deforme y contorsionado. Siempre esos rostros hieráticos, ciclópeos, como seres vivos surgiendo del paisaje. Cómo me deleitaba esa transformación continua de la visión en *otra cosa*. Quien conoce mi pintura sabe a qué me refiero. De pronto, una broma de Gaby u Osva rompía el silencio del *Patrol*, o una de Gonzalo, generalmente destemplada o provocativa: «Allá en el rancho grande, allá donde viviiiiía...», vociferaba ante nuestra indiferencia. «Sigue tú, Pumuqui —así llamaban a Gaby los gallegos—, que no me acuerdo la letra». Y al principio Gaby le seguía, después ya ni eso.

GABY

Gaby rompía también a cantar en medio del trabajo muy a menudo, mientras plantábamos. Tenía algo sorprendente. Aunque no tenía buena voz, ponía tal sentimiento al cantar todas esas canciones de Alci Acosta, Julio Jaramillo y en general canciones ro-

mánticas ecuatorianas, que hacía que todos nos calláramos y lo escucháramos con atención. Además, se recordaba las letras de una forma admirable. Con su pequeña estatura, su pelo ensortijado y cara de niño —tenía la uña del meñique larguísima— mezclaba gestos de ternura y de picardía infantil con una avispada actitud frente a todo lo que pasaba. Era sin duda un preferido del «staff español», de Roberto, Julio y Gonzalo. «Tú, Pumuqui, ven conmigo». Y él iba y se montaba en la camioneta de Roberto o Julio, en lugar de venir con nosotros, los indios. Hasta en algún momento comentamos con Osva si el mandamás no lo tenía de «muchachito». En varias situaciones de esas sentí compasión por él. Hasta que poco a poco me di cuenta que no le gustaba para nada esa situación y buscaba apartarse del «abrazo del oso». Me decía: «el jefe quiere que vayas en su camioneta», o «que vayan Dako y Alex». No le gustaba ese rol y con gusto se escondía en medio de *la negrada* para pasar desapercibido. Al final, en realidad, ya nos daba lo mismo todo. Simplemente queríamos llegar primero al sitio donde íbamos y nada más, de modo que nos montábamos indistintamente en cualquier camioneta, porque habíamos adoptado la actitud de viajar en silencio junto a ellos y chau. Pero inicialmente era chistoso: todos corríamos a la *Patrol*. Nadie quería ir en la de Roberto, a pesar de ser una camioneta nueva, con todos los chiches¹³. Después Dako empezó a ocupar el puesto de Gaby, con sorpresa y timidez al principio, pero después con gusto, complacido. Osva terminó calificándolo de «lisonjero», que es como se refieren los paraguayos a un chupamedias.

PUTAS, PUTAS, PUTAS

Eso empezó cuando en Villaviciosa Roberto, después de cenar, se lo llevó de putas a Dako. Era su primera vez. Y vino a las tres o cuatro de la mañana. A la mañana siguiente hablaba hasta por los

¹³Chiches: lujos

codos de la rumana morocha que se había *follado*. «Yo fuiste con rumana de pelo negro», decía en *su* castellano. Por supuesto, al instante Gonzalo alardeó hasta el hartazgo de que él se la había follado ya y que era medio loca, porque no se lo había dejado hacer como él quería. Y dele con que era loca... Y de ahí seguía con que todas las noches se gastaba sesenta, setenta, cien euros en cacharros y putas. Y se la agarraba conmigo y no podía entender por qué yo no quería ir de putas. «El que no es putero, no es hombre», filosofó una vez, con lo cual quería decirme que yo era, por supuesto, un marica. «¡Argentina! Esta noche vamos de putas, ¿no?». «Morirás en el intento», yo le respondía. Las putas representaban para él el no va más de la existencia. Putas y trago. Trago y putas. Y monte, porque le gustaba andar el monte como una cabra. En Villaviciosa era el tema recurrente todo el tiempo. Para nosotros, los indios, aquello era un espectáculo al principio curioso —y hasta Gaby le seguía el cuento—. En ocasiones, en los meses anteriores, había ido con ellos de putas a menudo, pero ya estaba de vuelta de todo eso. Al final ya le aburría, sobre todo porque había aprendido en carne propia el precio de la joda nocturna. «Hoy todos a putas, ¿eh?» —decía Gaby al principio—. Y los otros se agarraban y ya nos querían meter en la jugada. Terminé por decirle que se dejara de joder, que nosotros sólo queríamos cenar e irnos a dormir. Las putas les cobraban cincuenta euros por quince o veinte minutos. Aparte, cada cacharro de ocho euros. Y les tocaban un timbre para apurarlos, según contaba Gaby. Roberto y Gonzalo, también Pedro, y hasta Adrián, aunque menos, batían el parche¹⁴ al salir de cenar: «Y ahora: ¡todos a putas!». Su meta era embarcarnos a todos en la tomata y la ronda de prostíbulos de la zona, hasta que yo, seguido de Osva, me planté firme: nada de putas, nosotros queremos ir a dormir. Si al día siguiente había que moler como perros. En un momento yo también me hice el filósofo y les espeté: «Lo siento, no mezclo trabajo con

¹⁴Batir el parche: insistir

placer». Así que logramos frenarlos. El chiste consistía en que ellos, agrandados como siempre, invitaban, e incluso se ofrecían a poner la plata. Esto era típico de Roberto. Pero luego, a fin de mes, te lo descontaban centavo a centavo. Y ahí venía el golpe. Eso lo experimentó en carne propia Gaby, y nos lo contó. Nosotros se lo advertimos a Dako, pero éste no quería creernos. Claro, como ellos ganaban mucho más eran un continuo alarde de lo que gastaban en putas y todo eso. Finalmente, como no les dimos más bolilla, optaron por salir de cenar e «irse de cacharros». Y nosotros... a esperar, a jodernos, hasta que a ellos se les diera la gana de regresar.

EL CERVANTES EN DETALLE

Eso nos aguaba la única buena alegría que teníamos en Villaviciosa: la cena en *El Cervantes*. Ya lo mencioné, pero ahora lo detallo: ¡Qué bueno estuvo aquello! Qué jugo le sacamos y cómo nos divertía recordarlo, mientras molíamos al día siguiente: «¡Osva, esta noche doble *gelatta*, eh!». «¡Seguro, loco!». Todo empezó cuando una noche yo me acerqué al camarero, un flaquito todo avisgado para atendernos, y viendo que siempre decía: «¿queréis más sopa de cocido?», «¿más escalope por aquí?», «¿os traigo más chipirones?», le dije: «¿no podríamos repetir el postre?» Y me dijo, serio: «No, eso no». «Claro, es lo único que no se puede repetir», comenté y me fui. Al día siguiente pedimos «tarta de la casa», y viendo nuestra cara de alarma y desazón —repito que era bien pilas¹⁵— ante las pequeñísimas porciones que nos había servido, dijo: «¿Qué? ¿Queréis otra porción de postre?» Y como dije, entre carcajadas de todos: «Y... si se puede...», vino y nos trajo otro postre a cada uno. Aquello fue el principio de un, digamos, *affair* entre el flaco camarero —nunca se me ocurrió preguntarle cómo se llamaba— y nuestra mesa, o sea, la de «los indios», por-

¹⁵*Ser bien pilas*: ser avisgado

que Roberto y su séquito gallego comían en otra, como era obvio. Empezó a traernos tremendas porciones de «helada» (que es como llaman aquí al helado), «postre de la casa», que era una tarta deliciosa que hacían ahí, tortas de chocolate, a veces dos flanes o un flan con crema más una tarta «San Marcos», que le llamaban. Eso era el despiporre. Osva me contó que la última noche, en la que ya no estábamos nosotros porque nos vinimos el día anterior a Cangas, directamente les sirvió el postre en un plato grande, no de postre. Esa era nuestra única alegría «material» y con eso vivíamos bromeando entre nosotros, mientras trabajábamos. «¡Ánimo, que ya llega la doble tarta de la casa, muchachos!» Ese sí que fue un buen recuerdo, aunque, como digo, se nos diluía un poco después, cuando teníamos que «luchar» para que nos trajeran a la casa.

EL SUSTO

Fue en uno de esos días en que bajábamos de la montaña cuando pasamos el susto más grande de todos. Como casi siempre, veníamos ocho en la camioneta: Pedro, el Viso, manejando, Gonzalo a la derecha, con su móvil mandando mensajecitos todo el tiempo a su María. En la hilera de atrás Alex, Dako y Osvaldo. Y atrás, en un asiento puesto sobre la llanta de repuesto y bien ensardinados —porque había que dejar espacio al fondo para chapos, plantamones y el quilombo de ropa de agua y bolsas de todo calibre—, Gaby y yo. Las trochas de ripio¹⁶, muy angostas, bajan haciendo zigzag por las montañas. No llovía, pero todo estaba embarrado y patinoso. Justo alguien comentó: «¿seguro que no pasa nada con estos caminos?», porque a menudo se mencionaba que autos, camionetas e incluso tractores se habían ido en banda por esas laderas no hacía mucho tiempo. Gonzalo, siempre bocón, alcanzó a decir: «¡tran...» (por aquello de ¡tranquilo!), cuando en una curva, de esas cerradísimas como para iniciar la siguiente

¹⁶Trochas de ripio: pistas forestales

bajada, el *Patrol* patinó y quedamos al borde del abismo, con la rueda trasera izquierda en el aire. Pedro se puso blanco. Siempre manejaba bien, pero esa vez algo le falló. Por suerte, alcanzó a meter el freno. Enseguida abrieron las puertas y todos salieron de la camioneta en estampida, menos el chofer y yo. Yo venía prácticamente dormido y casi no me di cuenta, aunque tampoco hubiera podido salir. Estaba en el rincón de la rueda trasera izquierda (se sale por la derecha, después de mover el asiento de la segunda hilera) y alcancé a ver el abismo, todo envuelto en niebla como de costumbre en esos primeros días. La pendiente era muy inclinada y no se veía nada al fondo. El otro, con mucho cuidado y empujando todos de abajo del *Patrol*, alcanzó a girar y salir. Pero hubo un silencio que duró bastante y no era precisamente de tranquilidad. Nos habíamos salvado por un pelo. Con esta y otras situaciones de ese tipo tenían que ver las llantas delanteras, totalmente viejas y lisas. No querían cambiarlas por ahorrar, así de simple.

Recuerdo que un día el primo de Gaby se apareció por Cangas. Los fines de semana se venía, se encerraba con él en su cuarto y se bajaban unas cuantas botellas de whisky y cerveza. Trabajaba en Pola de Lena, a cuarenta minutos de Cangas, con una retroaraña haciendo fosas. Venía de un velorio ese día. En el trabajo un muchacho se había matado con la retroaraña. Una mala maniobra y se fue con máquina y todo por el precipicio. Lo sacaron entre los hierros retorcidos. Eso me impresionó bastante.

El que manejaba como un animal era el Gonzalo. En un momento yo lo calificué delante de todos, incluso el dueño, de «un peligro para la humanidad». Todos se rieron, pero era perfectamente cierto. Siempre tenía que estar dando muestras de machera, el infeliz. Bajaba por esas trochas a toda velocidad y nos teníamos que agarrar y cruzar los dedos para que no pasara nada. En una ocasión se empecinó en girar 360° —había que volver a buscar las benditas plantas a Valledor— sobre la ruta de montaña ¡con el remolque enganchado! El remolque se desenganchó y se fue pendiente abajo. Pero tuvo suerte. En lugar de ir cuesta abajo —tenía cuatro ruedas y era pesadí-

simo—, un montículo lo hizo girar en redondo y quedó a diez metros nomás, paralelo a la ruta. Nos llevó una hora y media subirlo entre todos hasta la ruta. Y eso sí, después casi rogaba: «De esto ni una palabra a Roberto». Para ese entonces ya manejaba Adrián, otro gallego, que suplió a Pedro al volante. Creo que fue ese mismo día cuando le permitió a Gonzalo (tenía precisas instrucciones de no hacerlo, ya que éste no tenía licencia y podía pescarlo la Guardia Civil) manejar camino a Cangas. Esa ruta, al seguir las modulaciones de las montañas, está llena de curvas. Así que Gonzalo iba a toda velocidad, haciendo chirriar las llantas en cada curva y todos atrás agarrados como podíamos de cualquier parte. Por suerte, justo al lado de la ruta, a cinco kilómetros de Cangas, aguardaba Roberto —borracho como una cuba, cosa no rara en él—, así que no tuvieron más que cambiarse en el manejo. Es que aquí, por cortar camino, toman rectas las curvas en zigzag y, lo que es peor, Gonzalo se cruzaba a la zona en contravía teniendo delante la montaña, o sea que si se aparecía un auto de frente, se lo llevaba puesto. «Argentina —me dijo esa vez—, sinceramente, ¿te gusta cómo manejo?» «¡No!», le respondí. «¡Te gusta demasiado la velocidad y ni esta camioneta ni esta ruta están para eso!», pero quería decirle mucho más. Y ahí empezó a presumir de que él competía con motocross y reventaba dos o tres por año en esas carreteras y en las trochas de montañas. También me acuerdo ahora que una vez me mostró, orgulloso, una cicatriz de veinte o treinta centímetros en la pierna, fruto de uno de sus accidentes de moto.

BELÉN Y LA ANTESALA DEL INFIERNO

Belén era regordeta, siempre con esos tapados¹⁷ con cuello de piel, como les gusta a las gallegas, daba la sensación de que la ropa le reventaba. Cara redonda, blanca, ojos claros y el pelo rubio largo y pajizo, medio despelucado que parecía un lampazo¹⁸. Andaba a los

¹⁷ *Tapados*: abrigos

¹⁸ *Lampazo*: fregona

gritos pa'quí y pa'llá todo el tiempo, como si fuera sorda. Al parecer me equivoqué con ella, pues la tomé inicialmente por la coima¹⁹ de la casa en un grupo de machistas brutos, pero luego Osva me hizo caer en cuenta de que, en realidad, era la que llevaba los pantalones. No sé si era tanto, pero la empresa estaba a su nombre, llevaba los números, hacía las cuentas y pagaba a la gente. Osva también decía que Roberto era sólo la pantalla. De vez en cuando éste pegaba unos cuantos gritos, pero sólo era alharaca. La cuestión que «doña» Belén, con su hermana Luisa, estaba al frente de *Los Avellanos*. ¡Qué basurero! ¡Qué horrible impresión me llevé al llegar! La basura en el piso, restos de comida, papeles, charcos de bebida de días. Un bar en el que nadie entraba, excepto cuatro o cinco parroquianos, siempre los mismos. A la derecha una larga barra de bar y a la izquierda un billar, un tragaperras y una mesa redonda, aparte de cajas de envases. Como si fuera poco, después metieron un metegol. O sea, que había que ir esquivando todo eso para llegar al fondo, a un salón donde comíamos, también bastante congestionado de cachivaches. Cajas de botellas, triciclos de los críos —que siempre estaban chillando y pataleando—, juguetes, todo tirado por todas partes. Al principio llegábamos a «cenar» a las ocho de la noche. Cuando vimos que hasta las ocho y media o más nos tenían parados como boludos, con la televisión empotrada allá arriba a todo volumen dando programas pedorros, empezamos a llegar más tarde. Los críos andaban a los gritos y tirando juguetes y cosas mientras cenábamos. «¡Pa'puta! ¡pa'puta!» —gritaban cuando no se les satisfacía el último capricho—. Nosotros nos mirábamos y no sabíamos cómo hacer para comer tranquilos. Al principio sonreíamos entre dientes ante «las diabluras de los niños», pero después nos mirábamos y murmurábamos entre nosotros: *¡Blat Sepesh!*, haciendo el gesto de empalarlos a lo Drácula²⁰.

¹⁹Coima: criada

²⁰Esto de *Blat Sepesh* vale la pena aclararlo. Desde los primeros días, mientras charlábamos con los rumanos, empezamos a sacar el tema de Transilvania y el conde Drácula y todo eso. Y nos contaron la «verdadera historia». Y que, según

Una vez, como no había agua en la mesa, se me ocurrió levantarme e ir a buscarla a la cocina. Eso era la antesala del infierno. Cómo me arrepiento de no haberle sacado una foto. Loza y ollas sucias de días y días en una pileta, el piso una mugre, todo arrumado y desordenado. Sobre una de las hornallas de la cocina, que estaba apagada, una gran sartén con aceite en el que nadaban pedazos refritos de carne o pollo. En fin, el caos y la mugre. El concepto de limpieza y orden no figuraba en el diccionario para esa gente.

Al principio la comida era más o menos aceptable y abundante. Querían ganarse nuestro aprecio y gratitud, por lo visto. Siempre se referían a los moros —que habían trabajado antes y a quienes habían echado— como a ingratos, que no querían comer su deliciosa comida. Pollo, chuletas de carne con patatas. «¿Queréis más?», decía, con su voz de pito, Belén. Pero después vi que todo estaba superaceitoso, las papas fritas nadaban en aceite, la sopa era una lavaza de fideos requetehervidos con sal, a menudo demasiada sal, como cuando alguien echa cantidades sin probar la sazón de lo que está cocinando. Entre nosotros habíamos acuñado ya la frase mientras íbamos a cenar: «Y ahora: ¡a disfrutar de la deliciosa cocina española!» Una vez nos sirvieron, orgullosos, una «cabezada», que no era otra cosa que la cabeza del cerdo. Pura grasa. Al principio nosotros sonreíamos entre dientes y decíamos «¡qué rico!». Pero luego dejábamos las fuentes con comida. Osva nos advirtió una vez: «Ojo, llévense lo que no quieran comer, porque lo vuelven a poner en la comida siguiente» Y así era.

ellos, era que el conde Drácula, en rumano, *Blat Sepesh* (porque Blat era su apellido y Sepesh significa empalador o empalamiento, o viceversa, ahora no me acuerdo bien) era un líder importante allá por el 1400 o 1500. Éste luchaba contra los turcos y tanto a estos como a los tullidos, enfermos, defectuosos físicos y ancianos, etc., los empalaba. La historia terminaba con que a su esposa la habían raptado, violado y asesinado los turcos y ahí se volvió totalmente sanguinario y practicaba el empalamiento todo el tiempo. Ahora su castillo es un paso típico para los turistas. Pero el cuento, para nosotros, era una broma constante: cada vez que queríamos «liquidar» a alguien, en especial a los dueños de la empresa y su séquito español, nuestro santo y seña era: «¡A este: Blat Sepesh!», y hacíamos el gesto de empalarlo.

(NOTA DEL AUTOR)

Lo que dejábamos hoy, aparecía disfrazado o directamente igual en la comida de mañana. Así que en varias ocasiones optamos por encanutar alguna porción incomible y tirarla por ahí. Lo mismo hacíamos con los dos huevos duros —los coleccionábamos por montones—, que nos metían todos los días en el «bocadillo». Y llegábamos a la noche y... ¡huevos fritos! En realidad, luchábamos entre el hambre bestial que nos dejaba el trabajo y la mierda de comida que nos servían: «¿Os gusta?» «¡Sí, está riquísimo!», se me escapó una vez. «¿Queréis más?» «No, no, no, estamos llenos» —alcancé a detenerla—. Pero al final, ni «queréis más» ni nada. Servían cualquier cosa, una sopa de fideos, pasta fría con salsa de tomate, comida del día anterior, huevos fritos a reventar... Todo era indicio de que no ponían el menor interés en cocinar algo decente sino que sólo querían salir del paso y despacharnos.

En el grupo las buenas maneras no eran siempre lo más notorio. A menudo, aunque más o menos disimuladamente, era el «sálvese quien pueda». Cada cual agarraba lo más posible y que el de atrás se arreglara como pudiera. Se servía una fuente en el centro de la mesa y en esto los rumanos eran más buitres que todos nosotros. Callados, pero hábiles para agarrar los primeros y la porción más grande. En especial Dako, lima nueva todo el tiempo. Por poco había que aclararle que los platos no se comían. Pero Osvaldo no se quedaba atrás. Siempre estaba en el momento justo y el lugar indicado para la mejor porción. Por ejemplo, cuando empezaron a dar un vaso de leche y galletitas (ícosa sorprendente!) en Villaviciosa. Esto lo hicieron porque ahí patronos y negros estábamos demasiado pegados unos de otros, y por ahí les resultaría demasiado chocante que nosotros tuviéramos que laburar hasta la una de la tarde con el estómago vacío, mientras ellos desayunaban cómodamente. Y así fue el primer día. Pero a partir del segundo día Gonzalo entre dientes dijo que si queríamos tomar café con leche. Para qué²¹. Ahí

²¹*Para qué*: expresión abreviada que equivale a «¿Para qué pregunta eso? Por supuesto que queremos».

nos mandamos todos. Y ahí estaban Alex, Dako y Osva los primeros. Como de costumbre, yo siempre llegaba cola, o casi, a todo. Recuerdo precisamente una de esas veces en que todos se tiraron rápidamente encima de un paquete de magdalenas (unos pastelitos). Yo, el último, quedé con la mano extendida, vacía, en el aire. Y todos se rieron cuando comenté: «¡parecemos una bandada de buitres!», pero nadie dijo: «tomá, te doy la mitad de la mía». La actitud era de un simple: «te jodiste». A partir de ahí empecé a referirme en voz alta, mientras le presentaba una bandeja, por ejemplo, al «buitre Alex» o al «buitre Dako». Creo que eso ayudó, vía vergüenza digamos, a que se refrenara un poco el individualismo.

En Cangas y desde el primer día, salíamos de la casa con el estómago vacío, y a aguantar así hasta el mediodía —no había cocina, ni nunca logramos que nos instalaran una—. Los gallegos entonces, antes de salir del pueblo, simplemente se bajaban de la camioneta y se metían en un bar a tomarse un café con leche y comer un pincho, mientras nosotros teníamos que esperar, generalmente medio dormidos y ateridos de frío en el *Patrol*. Eso fue así siempre.

En el *refrigerador* pasaba algo parecido. Cada cual en su pieza con lo que tenía o no tenía. Los rumanos al fondo. El Gaby, totalmente equipado de comida y bebida en otro cuarto, pero nadie nunca le tocó nada. Cuando llegué ahí estaba, el más viejo, con seis meses de antigüedad, con su calentador halógeno en la pieza, mientras todos los demás nos congelábamos en los pasillos y en nuestros cuartos. Hubo que pedirle prestado más de una vez su calentador —cosa a la que no se negó, la verdad sea dicha— y ponernos todos pegados a él, mientras mirábamos una televisión vieja con una imagen llovida y siempre borrosa. Con eso matábamos un poco el frío y el tiempo. Con la ropa mojada era lo mismo. No había cómo secarnos la ropa de trabajo. Podía estar una semana colgada en un tendal exterior que había, pero no se secaba. Nunca daba el sol en esa casa. Y la humedad era espantosa. Por

eso teníamos que morir en el calentador eléctrico de Gaby y ahí también era una guerra solapada por ver quién ponía sus medias, pulloveres, guantes, pantalones, más cerca y lograba secarlos. Ropa sucia, sudada, mojada, secándose con calor artificial daba al interior de la casa un olor espantoso. Los pisos de parqué hacía mucho, pero mucho tiempo, que ni siquiera habían sido barridos. El baño casi siempre estaba sucio. Poco a poco fuimos imponiendo algunas normas de limpieza. Por lo menos barríamos cada tanto y pasábamos el traperero al baño. La cocina era otra cosa. Una o dos veces intentamos prender una cocina vieja a carbón, pero ni teníamos forma de conseguir leña ni logramos nunca destapar el conducto. Las dos o tres veces que la prendimos inundó de humo todo el *frigorífico*, de modo que hubo que abrir ventanas para no asfixiarnos, con lo que el resultado fue el mismo.

Belén nos hizo llevar una noche una cocina a gas, que tenía arrumada en su casa, pero cuando le dijimos que no teníamos butano, simplemente dijo que usáramos el mismo del calefón. Pretendía que conectáramos y desconectáramos el butano llevándolo de un lado para otro, como si fuera una valija de ropa. Con esto nos dábamos cuenta que ellos sólo daban un techo, lo demás corría por nuestra cuenta, así que teníamos que arreglarnos como pudiéramos.

INCENDIOS

Los gallegos estaban en ese negocio porque en parte lo habían heredado —el padre de Roberto se había dedicado a ese negocio toda su vida— y en parte como alternativa ante el derrumbe de la minería del carbón, que hasta hace unos pocos años había sido la principal industria de la zona, y en general, de Asturias. Ahora era más barato traerlo de Marruecos que extraerlo de las minas. Así que entre los pocos recursos que quedaban en pie estaba el vivir de la plantación de árboles. El principal empleador de esa media docena de empresitas era el Ayuntamiento de Cangas.

Desde el gobierno de Asturias había bajado la directiva —y hasta creo que el decreto— de transformar todas esas montañas inhóspitas y zonas aledañas a esos pueblitos en un inmenso parque natural. De ahí los contratos de obra con todas las brigadas. Pero esto chocaba de frente con el interés de casi todos los habitantes de los pueblos y pequeños campesinos de utilizarlas en su propio beneficio, especialmente para poner allí sus vacas. El resultado era que había una guerra solapada entre los partidarios del parque —los gallegos los llamaban «los ecologistas»— y los aldeanos. Ni bien asomaban los árboles aparecían zonas enteras quemadas, en especial durante el verano. Los gallegos de la empresa se frotaban las manos: «Para nosotros mejor. La gente quema, nosotros volvemos y plantamos». Se decía que tenían contactos y contaban con el guiño de ojo del Ayuntamiento y la Guardia Civil para emplear gente indocumentada, sin seguridad social ni nada. El hecho es que no recibían ninguna inspección, ni jamás se nos detuvo por nada en el pueblo o fuera de él. Nos transmitían un aire de absoluta impunidad, como si todo estuviera arreglado de antemano. De entrada me dio que pensar el hecho de que por ahí habían desfilado cantidad de inmigrantes y, al irnos nosotros, seguirían desfilando. «Hasta hace dos meses había en este salón veinticinco trabajadores» —decía Roberto, inflado como siempre, en las primeras cenas, momento en que se acercaba a nosotros, se sentaba en una mesa cercana y trataba de impresionarnos y ganar nuestra confianza—. «¡Pero tuve que echarlos a todos!... Gente que no quería trabajar». Después yo me tomé el trabajo de averiguar lo que pasó. Se había convenido en pagar los diez de cada mes, pero eso no se cumplía. Llegaba el quince, el veinte y todavía no se pagaba el mes anterior, con lo que los peones, de común acuerdo, decidieron un día no salir a plantar. Se apareció entonces Roberto frente a la casa y les suplicó que no le hicieran eso, que el mismo día les pagaría. Pero al mes siguiente volvió a ocurrir lo mismo y la gente respondió entonces de la misma

manera. Finalmente, Roberto reunió la plata, pagó y los despidió a todos.

LOS MOROS

Entre los trabajadores y los mismos gallegos estaba presente a menudo el recuerdo de «los moros». Los moros eran varios marroquíes (Kamel, Paco, Kerim, Mohamed, Chema y Rashid) que habían trabajado con ellos hasta hacía muy poco tiempo. Pero sólo se los recordaba para despreciarlos y echar pestes sobre ellos. Que eran maricones, rebeldes, que no apreciaban la «deliciosa cocina española» de Belén y dejaban casi todo sin comer... Especialmente Gonzalo se regodeaba escupiendo cada vez que aparecían en la conversación. Decía que eran flojos para el trabajo, que ni bien se los dejaba solos practicaban el *cuerpo a tierra*, y cosas por el estilo. La bronca era con dos de ellos en especial, Rashid y Mohamed. Cuando llegamos los acababan de echar y les encantaba contar las circunstancias. Un día, empantanados en lo alto de la montaña, en pleno invierno, Gonzalo les había pedido: «¡Bajad a empujar, moros!», pero no lo quisieron hacer. Finalmente se bajaron de la camioneta y se regresaron al pueblo caminando ocho kilómetros. Por la tarde Belén les dijo, ante su infructuosa súplica, que ya no seguirían en la empresa. Eso después de trabajar dos años. Esa era la versión de los gallegos, dibujada como para que todos nosotros comentáramos: «¡qué mala gente!» Pero luego en el *frigorífico* Gaby y Osvaldo me contaron la verdad sobre ellos: habían trabajado con total lealtad con la empresa, eran durísimos para el trabajo y les habían presentado en tres ocasiones ofertas de trabajo y las tres veces se las habían rechazado, pero seguían ahí. El gran problema era que no aceptaban la arbitrariedad de Gonzalo y la cuestionaban de frente. Es que antes de ingresar Gonzalo, Rashid era el encargado de la brigada, y a su llegada éste había sido bajado a peón. Y fue Gonzalo el que, picado en su orgullo, los hizo echar. Los gallegos los me-

nospreciaban abiertamente y a menudo por el solo hecho de ser moros, magrebíes. Y ya deseaban desprenderse de ellos. Se mofaban de ellos en la cara, por muchas cosas, pero en especial por su costumbre de rezar a Alá antes y después del trabajo, antes de comer y esas cosas.

Aquel fue el día en que la gota rebalsó el vaso. Había nevado intensamente toda la noche. Empezaron a subir la cuesta con dificultad, bajándose todos ellos a empujar la camioneta en varias oportunidades. Llegó el momento en que los moros, Rashid en especial, les dijeron que no se podría llegar arriba, que mejor llamaran al jefe y se pusieran de acuerdo para regresar. Entonces Gonzalo empezó a tratarlos de flojos y a insultarlos: «¡Bajad a empujar, me cago en Dios! ¡Todos abajo, moros hijos de puta!» Y dale con lo de moros. Hasta que estos se bajaron de la camioneta y decidieron volverse a pie y quejarse ante Belén del maltrato. Cuando llegaron a *Los Avellos* Gonzalo ya había telefonado a Belén y le había pintado su versión. El hecho es que ésta terminó echándolos y dándole la razón al orangután de Gonzalo. Y esa fue la historia de los moros. Y cada tanto se los recordaba para reírse de ellos, de que no entendían ni hablaban bien el castellano. Cómo sería la fijación de Gonzalo con ellos que en varias ocasiones, dándonos órdenes de trabajo en la montaña nos llamaba de moros. «¡Eh, moros, venid a plantar aquí!» Y nosotros nos mirábamos como diciendo y a éste qué le picó. Bastaba que se le mencionara la palabra moro para que saltara: «¡No me gustan los moros!» «¡Y Chema?», le preguntaban. Ahí dudaba un poco, pero finalmente decía también que no. Chema era un marroquí que por su carácter alegre y su castellano fluido se había integrado bastante bien con los españoles. Osvaldo, al igual que los otros moros, lo tenía por chupamedias y «patronista». Belén y Roberto hablaban bien de él, como «la excepción», pero como dije, frente a sus compatriotas era una especie de traidor, un vendido a los patronos.

Rashid había sido el encargado hasta el momento en que llegó Gonzalo. Con Gonzalo llegaron Pedro y otro español más y todo

cambió. Empezó a rebajar a los moros, a humillarlos y a presionarlos para que trabajaran más y más. Rashid, ya como peón, asumía la representación del grupo y a menudo los defendía de la brutalidad del gallego. Un día, me cuenta Osva, en que llovía intensamente, los tres gallegos simplemente se metieron en la camioneta, mientras los moros, Osva y Gabriel, siguieron trabajando. Después de dos horas, cuando mermó la lluvia, apareció Gonzalo y su séquito a gritarles y apurarlos con el trabajo. Entonces, Rashid lo frenó en seco y le recriminó: «¿Y ustedes qué hacen? ¿No me dirán que se han ido del otro lado de la colina a plantar?» Entonces, típico en él, Gonzalo reculaba y se escabullía diciendo que no, que trabajaran «a su aire». Pero luego —había llegado Chema con otra camioneta a buscar a la gente, porque no cabían en una sola— cuando los moros se fueron con Chema, Gonzalo se soltaba a gusto entre los gallegos y frente a Osva y Gabriel: «¡Estos moros hijos de su puta madre! ¡No veo la hora que se vayan de la empresa!»

PEDRO, EL VISO

Para entonces Gonzalo estaba secundado por Pedro. Este era un mocetón fornido, de unos veinte años, de pelo negro y cejas gruesas, pero con una voz tan aflautada («de marica», bromeaban a su espalda) que daba risa oírlo, aunque hablara en serio. Era el amigo del alma de Gonzalo. Se conocían de chicos y estaban siempre pegados, especialmente en el trabajo. En el viaje, tanto de ida como de vuelta, hablaban entre ellos y sólo entre ellos. Raramente daban vuelta la cabeza para dirigirse a Pumuqui: «Eh, tu, Grabi —no les salía «Gabri»— ¿te acuerdas cuando te emborrachaste y bailabas sobre la mesa en Ribadeo?», pero nada más. Nosotros era como si no existiéramos, y en realidad, después de conocerlos, tanto mejor para nosotros. Ellos dos compartían la comida, el agua mineral (no querían tomar nuestra «agua del grifo», mala, según decían), y de vez en cuando, como una dádiva, nos pasaban alguna cosa, chocolate. En el trabajo parecían soldados uno

al otro. Se ponían en líneas paralelas y allí trepaban y bajaban la colina pegados todo el tiempo, y hablando sin parar. Pedro, el Viso, vivía en un caserío de ese nombre a un par de kilómetros de Cangas y en varias ocasiones pasamos por ahí. Recuerdo que la primera vez que lo hicimos —no había luz— le salió a su encuentro una chica que enseguida supusimos que era su novia o su mujer. Luego supe que era colombiana y que el Viso, habiendo conocido a los padres, venidos hace unos años de Caldas, se hizo amigo de ellos. Estos le mostraron la foto de la hija, que para entonces vivía en Colombia, y les dijo: «A ver cuándo la traen, porque es para mí». Y así fue. En un par de meses se iban a casar. El Viso (o su familia, eso no lo supe) se jactaba de tener vacas de raza asturiana, quince o veinte no más, y unas cuantas hectáreas de tierra en esas colinas. Esto era lo común en la zona. Casi todos tenían su pedazo de tierra, sus vacas de carne y algunos contaban con una «cuota lechera». Esta última venía en merma en la zona, porque aumentaban las exigencias de la calidad de la leche y bajaban los precios, con lo que se veían obligados a pasarse a la ganadería de carne. Eso también le había pasado al Viso, según nos contaba.

Recuerdo que en los primeros días, mientras yo daba los primeros pasos, se me ponía al lado y era menos brutal que el Gonzalo para indicarnos cómo se hacía el bendito trabajo de cavar o limpiar las fosas y plantar los árboles. Primero se limpiaba de pastizales, luego se enterraba el chapo desde afuera hacia dentro de la fosa y se removía toda la tierra. Luego se daba un chapazo en todo el centro y se movía el mango hacia delante y hacia atrás, con lo que quedaba un hueco. Se metía la planta y luego se apisonaba con el pie. «¡Que quede bien derecho!» —insistían todo el tiempo—, «que es lo que miran los inspectores». ¡Qué bah! Nunca vimos ninguno. «¡Y bien enterrado!» Los inspectores del Ayuntamiento, decían ellos, pasaban y tiraban al azar del arbolito. Si éste estaba flojo, salía. También decían que miraban

las medidas entre planta y planta. Como las plantitas venían con tierra abonada y algún fertilizante especial —los grumitos brillaban entre la tierra— decían que todo debía quedar bajo tierra, de lo contrario, los cuervos lo veían desde la altura, venían y, removiendo la planta, se lo comían. De todas estas cosas te ibas enterando a cuentagotas. Gonzalo sólo se limitaba a vozarronear, mientras pasaba al lado de uno: «¡Esta fosa está mal hecha, me cago en Dios!» o «¡esto está mal plantado!» o «¡ahí no hay dos metros y medio, joder!» Y vaya uno a discutirle. En cambio, el Viso al principio era menos agresivo. Hasta se interesó en saber de dónde venía, cómo era Argentina y le conté también de la diferencia de suelos, pastos, ganado, entre allá y acá. Como casi todos ellos —excepto Roberto que había recorrido Europa en moto (cosa de la que se jactaba a menudo)—, no había salido de Asturias y sólo se movía entre los pueblos aledaños a Cangas, y no podía entender las diferencias entre la pampa bonaerense y la aridez de estas tierras.

Luego, siguiendo un movimiento casi instintivo, que practicaban los españoles por un lado y nosotros por otro, termino recluyéndose en su grupo afín. En la hora del bocadillo allá se iban los gallegos y nosotros nos poníamos en otra parte. «¡Hasta qué grado estudiaste?», le preguntó una vez Osvaldo. «Hasta la primaria», respondió, «¿por qué?». «No, por nada, por curiosidad», le respondió Osvaldo, y me miró significativamente.

Entre los novios nosotros asistíamos a peleas y reconciliaciones, como frente a una telenovela de las cinco de la tarde. Por ejemplo, cuando la colombiana se enteró, vaya a saber cómo, que el Viso se había ido de putas con los otros gallegos en la primera semana que estuvimos en Villaviciosa, se armó una buena trifulca entre ellos y a punto estuvieron de cancelar la boda. Recuerdo que veníamos del trabajo, él manejando, nosotros atrás, callados como siempre. «¿Quién de vosotros chivateó en Cangas que fuimos de putas?» —nos espetó de repente—. Nos miramos sin entender. ¿Qué carajo teníamos que ver nosotros con sus idas y venidas?

Ya en la segunda semana que fuimos a Villaviciosa apareció Adrián. Hasta ese entonces quien había manejado la camioneta era el Viso, y la verdad es que manejaba bien. De pronto, y mientras Pedro se quedó haciendo los papeles para la boda, en lugar de él empezó a manejar Adrián. Este era un flacucho de más edad que ellos, por ahí unos treinta años, que hablaba suave y tenía modos bastante más educados que los demás. Esto nos cayó bien. Como era bien prudente al manejar, enseguida contó con nuestra aprobación. ¡Cualquier cosa menos Gonzalo al volante! Por lo que hablaba, ya había estado en otras brigadas plantando por la zona y la conocía muy bien. La primera vez que vino con nosotros a plantar nos consultaba y nos poníamos de acuerdo incluso sobre el mejor momento para parar a comer y dosificar el esfuerzo. Eso era inusitado, raro. Por eso cuando Gaby me contó que lo había mandoneado y lo consideraba un mal bicho le dije que estaba errado, que era un buen tipo. Todavía no lo conocía. En Villaviciosa empezó a ganarse a Gonzalo y pronto pasaron a ser uña y carne entre ellos, sin dejar, de vez en cuando, de burlarse del Viso y «su voz de marica». Yo pensaba para mí en qué había quedado la «gran amistad» entre el Viso y Gonzalo. Pero así eran ellos. La cuestión es que en la tercera semana de Villaviciosa reapareció el Viso, pero esta vez *sentado atrás*, entre nosotros. Simplemente lo habían desbancado. El Viso comenzó el viaje a Villaviciosa «en tono alto», bromeando y jaraneando con los otros dos, y enseguida me di cuenta que estaba sobreactuando para tapar la sensación humillante de haber sido relevado de su puesto. Pronto aquella situación dio lugar a otra: Adrián entendiéndose de tú a tú con Gonzalo y el Viso callado atrás, y aprovechando cualquier resquicio —una falla en alguna maniobra y eso— para reírse entre dientes y comentar —hacia nosotros y hacia Gonzalo, cuando estaba solo con él— que «Adrián no sabía conducir». Un parte que le pu-

sieron a Adrián en el camino a Villaviciosa por pasarse a la vía contraria con línea continua le vino como anillo al dedo.

Aquello fue subiendo de tono. Cada uno se burlaba del otro frente a Gonzalo y nosotros, pero especialmente frente a él para ganar su preferencia. Al mismo tiempo éste se prestaba al juego y les seguía la corriente a ambos, menos por inteligente o astuto que por ser tan doble como todos ellos. Nosotros asistíamos indiferentes a ese espectáculo, que era como un partido de ping pong. Finalmente el Viso se encoló y pasó dos días sin hablar con ellos. Había perdido la pulseada²². Y en medio del trabajo, entre el ruido de las motosierras y los árboles cayendo, por no recuerdo qué pavada, toda aquella pus reventó y Pedro y Adrián se trezaron en una discusión interminable y por poco se van a las manos. Yo creí que aquello iba a terminar en el típico «o se va él o me voy yo» frente a Roberto, pero finalmente parecieron firmar la pipa de la paz. Lo que era evidente era que Adrián, de humilde y democrático iba empezando a darnos órdenes de todo tipo, sin que nadie lo hubiera autorizado: «¡Argentina, ordena todas estas ramas sobre la pista!» o «¡tráeme la gasolina y el aceite para la motosierra!».

TÚ NO PLANTAS NADA

En uno de los últimos días yo había tenido una trifulca con el Gonzalo. Al principio Gonzalo se reía de mis esfuerzos —y también de mis metidas de pata, por ejemplo cuando me caía entre los matorrales—. Una vez, tirando de un arbusto grande, me fui de culo como veinte metros rodando cuesta abajo en el bosque de Villaviciosa y tuve suerte de no hacerme nada. Se reía de mi barba blanca: «¿Cuándo te la vas a cortar, Argentina?, porque acá tengo la motosierra» o si no «¡eh, Santa!», y comenzaba a cantar: «din, don, dan... din, don, dan... las campanas dan...» Había decidido que yo era el personaje *cómico* o el bufón del gru-

²²*Pulseada*: pulso.

po, así que no perdía ocasión de bromear a mi costa, lo cual me tenía sin cuidado por supuesto.

El primer día que fuimos a San Antolín de Ibias llegamos a lo alto de unas colinas muy inclinadas y estacionamos sobre una pista ancha de pedregullo. Mirando hacia abajo se veía el fondo del valle moteado de casitas blancas, casi imperceptibles. Teníamos que ir descendiendo, como de costumbre, con plantamones en una mano y varias cajas de plantas en la otra. Cuando contaron, se dieron cuenta que habíamos traído un plantamón de menos, así que Gonzalo le dijo al paraguayo que él no plantara, sino que se dedicara a acercar cajas a los demás. Él lo tomó con resignación y, enfundado en su mono azul, emprendió la tarea a ritmo lento. Al poco rato ya habíamos descendido bastante y nos dimos cuenta que él no daba a vasto con esa tarea, así que Gonzalo me mandó a que le diera una mano. Los demás ya estaban a más de doscientos metros allá abajo, recorriendo las hileras de fosas y plantando lo que nosotros les traíamos. Subíamos y bajábamos sin parar, y pronto nos dimos cuenta que aquel era un trabajo de locos, por más que al llegar a la pista nos tomábamos unos minutos para descansar y tomar agua. Los demás bajaban y bajaban hasta el fondo del valle. A medida que pasaba el día el *paragua* iba decayendo, probablemente a causa de su peso, pero yo aguantaba el ritmo a pesar de todo. El *paragua* me decía: «Che, parece que no, pero tenés resistencia, eh». La cuestión fue que terminamos el día muertos de cansancio, con fuertes dolores en las pantorrillas, mientras los otros no.

A las siguientes ocasiones, Gonzalo, viendo que la cosa funcionaba conmigo, me decía desde el principio de la jornada: «¡Argentina, a las cajas! ¡Tú no plantas!», y al paraguayo lo dejaba con los demás. Como la situación empezó a repetirse sistemáticamente, un día le dije: «No, eso nos rotamos. No voy a estar matándome, subiendo y bajando solo todo el día». Yo ya había convenido con los compañeros que eso de que uno solo suba y baje todo el día con cajas, mientras los otros sólo plantaban, era una locura, así que era

mejor que nos turnáramos: uno bajaba con plantas, suplía al que estaba plantando y el otro subía por una segunda tanda y así adelante. Con eso repartíamos el esfuerzo. Todos habían estado de acuerdo. Pero él no soportó que lo contradijeran, así que se emputó y me dijo: «¡Ese es tu problema! Tu haces lo que te digo y punto. Además, *tú no plantas nada*». Me quedé de una pieza. Aquello era evidentemente falso, porque cuando lo hacíamos con plantamón, todos bajábamos y plantábamos religiosamente la misma cantidad de cajas. Pero no hubo forma de hacerle entrar en razón. «Bueno», dije finalmente, «si es así, yo voy a trabajar a mi ritmo». Entonces, decidí hacer mi laburo y no darle más bola. Subía y bajaba y trataba de esquivarlo. Al rato viene y dice: «¡Argentina! ¿Por qué cojones *tirás* las plantas buenas? ¿No ves que viene el dueño (que había subcontratado esa obra a García) y tenemos problemas? ¡No valen más de treinta céntimos, pero igual!» Las plantas venían de un vivero completamente desatendido, de modo que muchas, sobre todo por falta de riego y cuidado, no crecían. Como no era el caso de transportar tierra, había que seleccionar las buenas. En ocasiones más de la mitad de las cajas eran pura tierra o plantas escuálidas que no iban a pegar en el suelo, así que las descartábamos. Y en esa ocasión yo no sabía cómo explicarle, sin acusar a ninguno de mis compañeros, que yo no había tirado ninguna planta buena, porque era un tipo tan obtuso que no podría entenderlo. Así que tampoco lo intenté. Por otra parte, se nos había dicho que «las plantas que no tienen tierra o son chicas no se plantan», pero ahora —nueva regla— «basta que tengan raíz para que haya que plantarlas». Y ahí estaba Adrián también, buscando *trepar* en la jerarquía a base de halago y seguidismo, dándole la razón en voz alta, urgando entre la tierra —los otros ya estaban arriba de la colina, con el plantamón—, diciéndome: «Éste, ¿ves?, sirve, y este otro y este otro...» A mi esa situación me hacía subir la temperatura, pero me la aguanté y ese día me maté trabajando.

Subía y bajaba con cajas entre las piedras, los montículos de tierra y demás. Desde la pista había que arrojar las cajas hacia

arriba y luego trepar agarrándose de las ramas de los arbustos para recién entonces llegar hasta el terreno a plantar. Muchos matorrales estaban flojos, así que me caía con frecuencia. Había varios chorros de agua cristalina que caían de la montaña sobre la pista como pequeñas cataratas. Ese fue un día *electrizado*. Yo estaba harto de que me tomaran de bufón antes, y ahora de culpable de las cagadas de los otros. Los otros ni se daban por aludidos —se trabajaba casi en una especie de estado de sopor mental y físico, sólo se quería terminar y punto—, o, digámoslo también, se sentían aliviados por el hecho de que *el problema* no fuera con ellos. Como al Gonzalo no le dirigí más la palabra —ni en la cena—, terminó por darse cuenta y al día siguiente le comentó a Osva: «¿Qué le pasa a Argentina? Está enojado conmigo, ¿no?» Y luego, supongo que en un raptó de juicio, me relevó por un tiempo de cargar cajas y mandaba a otros a buscarlas. Pero al otro día no tardó en empezar de nuevo: «Argentina, ¿pero estás plantando? ¡Porque yo no te veo plantar nada!» «¡No, si estoy jugando a la bolita!», le respondí, y todo el mundo se murió de risa por un buen rato.

Cuando la cosa medio se iba arreglando de hecho, pasó lo de Adrián. Como por efecto retardado y a fuerza de tanto oírsele a Gonzalo, Adrián finalmente me empezó a tomar por medio vago o algo así, según parecía. Eran las cuatro y media de la tarde, y todavía considerándolo un tipo inteligente, le dije delante de los otros, mientras plantábamos: «Ya es hora, Adrián». «No, yo tengo las cuatro y diez», replicó, como si fuéramos niños. Que le dijeran eso no le gustó. Los gallegos eran *ellos* quienes decían hasta cuándo se trabajaba. Así que eso le debió arder y al instante se calentó conmigo: «¡Hay que plantar en hileras, Argentina! ¡Me cago en la hostia! ¿Por dónde estás plantando?» Para entonces ya se daba ínfulas de capataz frente a nosotros. Yo venía de una hilera más abajo y subía para tomar una de arriba. «Estoy plantando en paralelo», le dije. «¿Paralelo a qué, se puede saber? ¿Paralelo a qué!» No entendía que lo hacía en paralelo a la ruta que corría debajo de la colina. Estaba fuera de sí.

Nunca lo había visto de esa manera. Y se fue a Gonzalo y empezó a cuchichearle que no queríamos trabajar, que éramos vagos, ¡ah!, que queríamos hacer lo que se nos daba la gana. Eso decía. Yo me tragué el sapo, pero terminé emputadísimo con ambos. Y por la noche vino Roberto con aquello de «voy a hacer cambios en la plantilla. Me han dicho que no quieren trabajar», pero eso es el final y lo cuento más adelante.

TRES POR UNO NO QUEDARÁ NINGUNO

En los últimos días era tal la sensación del maltrato que ya empezábamos a contraatacar, o por lo menos buscar defendernos de los abusos. Como ya nos exigían bajar con cuatro cajas por vez bajo el brazo, aquello era una lluvia de plantas que —lo sabíamos perfectamente— hasta que no se terminaran de plantar no venía la orden de «vamos ya», sin importar la hora. Era una orden que nos decían muy a su pesar (y porque ellos se sentían cansados), entre dientes y a media voz, y más bien nos dábamos cuenta de que el trabajo había terminado porque ellos mismos emprendían la retirada y, nosotros, con gusto y alivio, los seguíamos («¡la mejor hora del día!»). Así que, para que esa hora coincidiera con la real nosotros empezamos a aplicar el «tres por uno no quedará ninguno». Ya cuando iba siendo la hora nos pasábamos la consigna. Yo les contaba que aquello venía de Perón y la época en que la derecha oligarca y clerical de los años cincuenta en Argentina se levantaba contra su segundo gobierno. A esa represión y en medio de la refriega y la persecución, Perón y los peronistas respondían con el «tres por uno no quedará ninguno», pero para nosotros era sinónimo de meter tres plantas en una misma fosa —plantando una y tirando dos o bien metiendo dos en lo hondo de la fosa y sólo plantando una— y «salir» de las cajas rápidamente. En esto Osva era un experto, pero después me enteré que Alex, el callado, y «Grabi», ya lo practicaban asiduamente desde hacía mucho tiempo, sin contarlo a nadie, ni

siquiera a nosotros. Me divertía mucho bromear a raíz de eso con los muchachos. Pero también les decía que eso era como al principio del capitalismo industrial, allá por 1870, que los obreros se las agarraban con las máquinas y las rompían, creyendo que con eso se iban a librar del yugo; pero luego se dieron cuenta que eso no servía, que había que organizarse y luchar de otra forma. Aquí era como si volviéramos a esa época primera.

LAS QUEJAS

A lo último ya nos atrevíamos a mencionarles algunas quejas. La sensación que tengo, clara, nítida, es la de haberme reventado trabajando. Sin embargo, a lo último ya me decían: «Argentina: tú sube y baja plantas». O sea, lo que tuve que hacer varias veces con Osvaldo. Todo el día, suba y baje por las laderas, poniendo las plantas a los pies de ellos para que las plantaran con el plantamón. Eso literalmente te mataba.

En los primeros días Osvaldo, podrido de eso, le dijo a Gonzalo: «Yo no voy a estar subiendo y bajando como un bólido», ante un «¡me cago en Dios, a ver si te apuras con esas cajas!», de Gonzalo. Se entabló una discusión fuerte. «Yo no soy una prostituta para correr detrás tuyo, ¿oíste?». La cosa se tensó y el Gonzalo finalmente reculó: «Tu trabaja *a tu aire*, hombre». Ese fue el día que Luis nos dijo: «Son unos hijos de puta. Yo me voy», y se fue al día siguiente.

Después de Villaviciosa, también salté yo y le dije más o menos lo mismo, pero dijo: «Ese es tu problema, no el mío», porque yo proponía ir turnándonos. «¡Pero si tu no plantas nada, Argentina!», me dijo Gonzalo. Y dele con el «no trabajás nada», «no plantás nada». Yo veía a Osvaldo, Gabriel, Alex y yo mismo: todos dándole durísimo y rindiendo lo mismo. Al principio bajo la lluvia y a lo último sudando bajo los rayos del sol. Toda la ladera es como un teclado de órgano. Vos vas siguiendo una escala a izquierda o derecha —entre zonas de roca y matorrales donde no se planta—. De

pronto, tenés que subir porque notás que quedó una fosa sin plantar o bien quedaron «fallos», como le dicen a las plantas antiguas que se han secado. Luego bajás, o en una de esas tenés que cambiar de teclado y así adelante. Pero todo era insuficiente para ellos. Decíamos entre nosotros: esta es la última, esta es la última —ya se aproximaban las cuatro y media de la tarde, por ejemplo—. Y el otro gritaba desde arriba, donde siempre estaba con otro gallego (Adrián o Pedro), hablando entre ellos o con el móvil mandando y recibiendo mensajecitos: «¿Tenéis cajas?», y seguían lloviendo cajas, faltando diez o quince minutos para irnos. A menudo, si encontrabas fallos, tenías que bajar un montón llenando los huecos y luego subir a la carrera, porque si ellos, levantando la vista desde allá arriba donde solían estar, no te veían *en el acto mismo* de estar clavando el plantamón y metiendo una planta, te consideraban un perezoso y ahí venía el grito. Y eran subidas de cincuenta, setenta metros en 45° o más. Eso mataba, ivaya si no!

EL FINAL

Así que aquello terminó dejándome estupefacto: nosotros trabajando sin parar, ellos vociferando: «¡Me cago en Dios! ¡No trabajáis nada!». Y al mismo tiempo, como digo, practicando descaradamente el «*first, conversation; second: móvil, etc...*». A veces se paraban hasta media hora a charlar, fumar o mandar y recibir mensajes.

El sábado último nos hicieron laburar casi hasta las dos de la tarde sin parar. Habíamos convenido en que trabajaríamos de continuo hasta la una y media y, en lugar de parar a comer y luego seguir, irnos directamente y comer durante el camino. Con eso ganábamos unos minutos para llegar a casa y descansar. Pero no, nos hicieron trabajar desde las ocho hasta las dos de la tarde sin parar. Y cuando nos íbamos, pensando que marchábamos, él y Adrián se fueron a «buscar plantas». Llegamos a las cinco a la casa. Como en el viaje sacamos a relucir el tema —apenas co-

mentarios inofensivos, no se crea—, ese día le comentaron a Roberto que nosotros «no queríamos trabajar». Gaby se atrevió a decirles, en el viaje: «El otro día nos hicieron trabajar hasta las cinco» y «el otro sábado hasta las dos, sin almorzar». Debió ser por eso que Roberto se apareció a la noche en la cena. Se plantó frente al grupo, haciendo su tic nervioso de doblar la cabeza a izquierda y derecha bruscamente, como golpeando el aire —ahí ya sabíamos que venía neura—, y sin mediar saludo ni nada dijo: «El lunes voy a hacer cambio de plantilla. Tres o cuatro de ustedes se van, porque esto no puede seguir. Me dicen que no quieren trabajar. ¡Así que esto se va a acabar!» Nos quedamos de una pieza, a pesar de conocer lo bestia que era. Sobre todo los rumanos se cagaron hasta las patas.

Justo ese día Osvaldo había reventado frente a Dako, mientras trabajábamos. Dako era un muchacho muy particular. Sometido igual que Alex, pero aparte parecía que lo disfrutaba. No sé como decirlo exactamente. Era un roble para el trabajo. Los capos — Roberto, Gonzalo— lo adoraban. En Villaviciosa Roberto se lo llevaba de cacharos y putas. «Tu, Dako, ven conmigo», y éste corría como un perrito faldero a montarse en la camioneta roja de Roberto. Había desbancado a Gaby en aquello del «preferido del patrón». La razón era simple: era el obrero ideal. Ni un reclamo, todo estaba bien para él. Me refiero «frente a ellos», los patrones. Entre nosotros, en el *refrigerador*, ambos eran muy duros contra la empresa y estaban *totalmente de acuerdo* con nosotros. A veces me comentaba: «Roberto, malo. Ser mentiroso», porque se daba cuenta que por querer aparentar que tenía esto y lo otro, caía en contradicciones. Un día le decía que tenía cuarenta y cinco vacas en su finca y al día siguiente setenta. Pero frente a ellos, ni un chistido. Aparte, nosotros nos habíamos dado cuenta que a Dako le gustaba *instintivamente* estar siempre junto a Roberto o los gallegos mientras trabajábamos en el monte y la colina. En el trabajo nosotros bromeábamos: «¿idónde está Dako?». Entonces levantábamos la cabeza y ahí estaba, al lado de Gonzalo y Adrián.

Así que nuestra primera reacción fue comentarle que a él no lo iban a echar. ¿Pero Gaby? ¿También a Gaby, siendo que habían presentado una oferta de trabajo por él? ¿Y Alex? Alex sí que se deshizo de la angustia. Eso para él era el fin. Volver a deambular sin trabajo por Oviedo y Gijón era lo último que quería hacer. Sin embargo, era el más consciente de los dos rumanos y, claramente, cuando Osvaldo saltó frente a Dako y le dijo, vehemente: «¿vos por qué estás pegado a ellos todo el tiempo? ¿No te das cuenta que son unos hijos de puta y nos tratan como a perros? ¡Te usan de prostituta!» Dako, con su cabeza chiquita, su boina gris siempre puesta, abría los ojos sin entender nada. Alex le traducía y apoyaba a Osvaldo. Creí que eso iba a ser un impacto fuerte para él, pero me equivoqué. Se retrajo un poco del grupo al principio, pero luego todo fue «como si nada». No había caso, no había entendido, o si lo había hecho, seguramente había perdido la inocencia. Alex, aunque más consciente, siempre con su gesto de «quién sabe», encogiéndose de hombros y haciendo una mueca de duda ante casi toda pregunta, era la imagen de la resignación. Osvaldo y yo concordábamos en que ambos eran lo que los gallegos soñaban como obreros: obediencia absoluta, nunca un reclamo, la crítica siempre «en el grupo», pero ni una palabra frente a los patrones, nada. «¿Y yo, qué puedo hacer?» —era la respuesta predilecta de Alex ante todo cuestionamiento—. Eso lo resumía todo.

Habían decidido cobrarles ciento veinte euros por el «alquiler» de la casa que ahora iban a usar. Yo se lo explicaba clarito, pero no había caso. Resulta que Roberto alquilaba una casa de dos plantas. Luego nos enteramos que pagaba cien o ciento diez euros por eso. Y les había hecho acondicionar y pintar el piso de abajo y a última hora les había dicho que esa casa era de un amigo, no de él, así que ellos tenían que pagar ciento veinte euros, con lo que hacía un negocio redondo. Además, se aprovechaban de la necesidad que tenía Alex de tener cerca a su mujer, Cora, que todavía vivía en Rumania y que él quería traerse. A

menudo se sentía triste y nos contaba que sufría por eso. Entonces, Roberto aprovechaba para presionarlo y decirle que la traiga ya, «así ayuda a Belén en el bar». ¡Por doscientos euros mensuales!, cuando el salario básico aquí es de cuatrocientos cincuenta o quinientos. La van a explotar como a nosotros por chaucha y palito²³. En esto son hábiles, aunque no tienen ningún estudio. Se aprovechan del trabajo inmigrante barato y, en la práctica, incondicionalmente disponible, casi esclavo.

Nosotros, Osva y yo, captamos enseguida que aquello iba para nosotros (eso de «¡tres o cuatro de ustedes se van!»), así que decidimos irnos. Nos afeitamos. Alistamos todo. Y el domingo a la noche —yo ni fui a cenar— se salió con que «nada», no pasa nada. O sea, los recibió con una risueña actitud y empezó a hablar de proyectos de mandar a algunos, Osva entre ellos, a la zona de Madrid y formar otro grupo de trabajo, mientras lisonjeaba especialmente a los rumanos. ¿Se podía ser tan hijo de puta? Era su vieja táctica de mezclar el garrote y la zanahoria. Pero no nos echamos atrás. Por salud física y mental había que marcharse.

ADIÓS

Ahora todo quedó atrás. Los últimos nervios terminaron a las dos de la tarde del diez de marzo, cuando finalmente decidieron pagarnos y nos fuimos corriendo al autobús. Sólo persiste mi dolor de espalda y la sensación de haber pasado por una pesadilla. A las siete y cuarto de ese último día Gaby, Alex y Dako golpearon mi puerta. Se despidieron. Para ellos siguió la rutina. Sin lamentaciones. Como si nada. Alex y Dako eran ya los mismos de siempre desde el domingo a la noche. Una «lisonjeada» del jefe, como dice el paragua, la noche anterior les había disipado automáticamente cualquier angustia de los días previos. Lo mismo había intentado con Osva. Y él le respondió: «Eso lo vamos a hablar», y se vino hasta la casa a comentarme el

²³ *Chaucha y palito*: nada

«giro» anímico del patrón y preguntarme qué íbamos a hacer. Yo le dije: «No, nos vamos». Y así se lo dijo a Roberto. Aquello debió caerle mal seguramente, pero si así fue se tragó la píldora porque al día siguiente, cuando fuimos a cobrar, sólo se limitó a comentarle, hinchado y pedante como de costumbre, a Flor, que casualmente se había aparecido en el bar en compañía de otra mujer: «tengo que mandar a Madrid, a Bilbao y no tengo gente...», a ver si todavía picábamos.

Nos íbamos de Cangas con los huesos molidos («¡Nos sacaron la puta!», decía el *paragua*) y unos pocos euros en el bolsillo. El último día, después de dar vueltas toda la mañana, había aparecido Belén en *Los Avellanos*. Eran las dos de la tarde casi. Me pagó a mi primero, pero cuando llegó a Osva le retuvo parte de su salario. Como él había trabajado un mes y algunos días del siguiente en una finca, enviado por Roberto, no quiso pagarle esos pocos días del mes siguiente, diciéndole: «Ah, eso tienes que arreglarlo con Gonzalo (el dueño de la finca), porque a nosotros ya nos pagó y no vamos a ir a cobrarle esos días extra». Obviamente sabía que eso era imposible, porque ya nos íbamos. O sea que no le pagó sesenta euros. Pero, víctima de su propia codicia, se le olvidó que a lo largo del mes le había ido adelantando a Osva pequeñas cuotas del salario, que sumaban la misma cantidad. Yo me di cuenta, y él también. Me hizo un gesto y salimos a paso rápido de *Los Avellanos*, mientras la otra nos decía en voz alta: «Llamarán, ¿no?», cosa que nos sorprendió y nos causó bastante gracia: «Sí, mañana mismo», comentamos entre nosotros. Luego casi corrimos hasta el autobús y él siguió nervioso hasta que arrancó y nos fuimos. Temía que la bruja viniera corriendo detrás a cobrarle lo que se le había olvidado. Pero no fue así.

En el viaje, yo iba mirando por última vez esas montañas cortadas en zigzag por la carretera, una carretera que ondulaba todo el tiempo. Nos esperaba Oviedo y el vago dato de un laburo pelando cebollas en el Berrón. Y ahí, como quien dice, empezaba otra historia, que por ahora no tengo ganas de contar.



